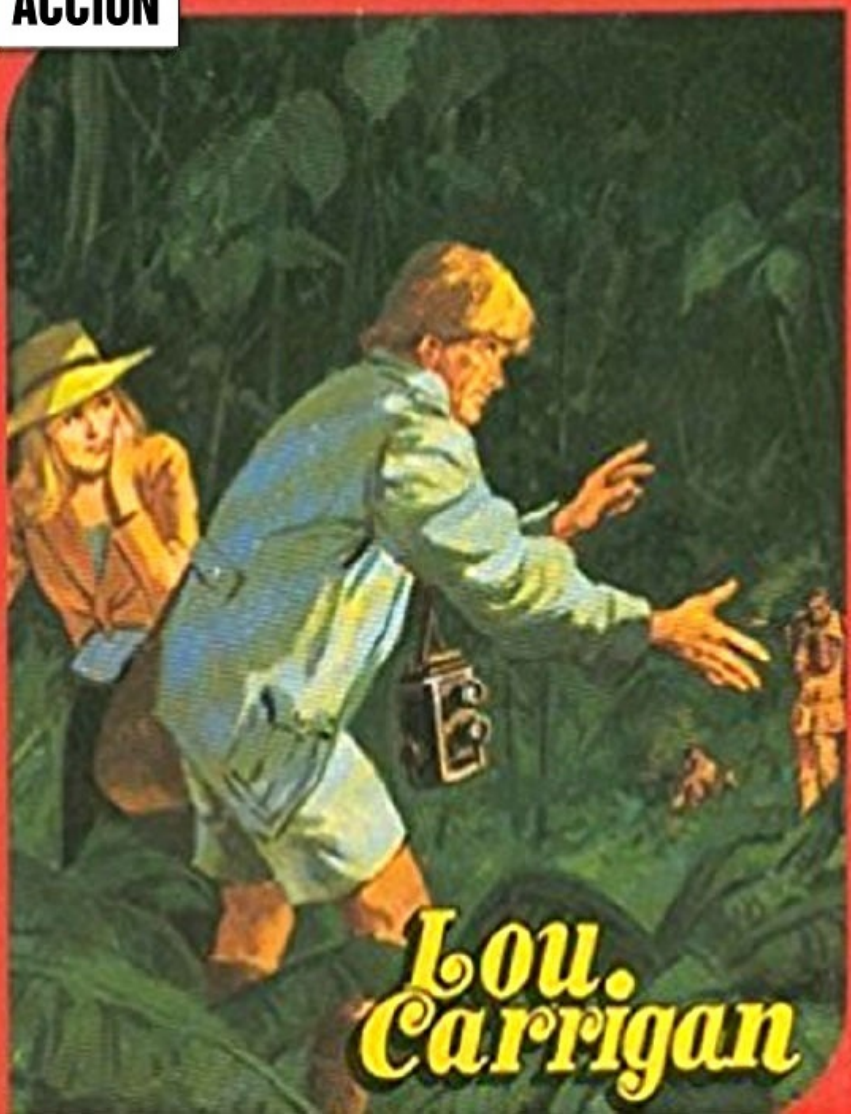
TAM-TAM

BOLSILIBROS

ACCION

PARA NO MORIR NUNCA



Lou Carrigan

El laboratorio estaba en un chalé rodeado de bosque cerca de Leipzig. Dentro del laboratorio, en aquellos momentos estaban los tres hombres que habitualmente trabajaban en él: el profesor Stevenhafen, el profesor Schliemann y el doctor ayudante Uddo Kemphel.

Este último había sido contratado como ayudante de los otros dos no hacía mucho, y se mostraba un poco irritado por la reticencia que todavía mostraban ambos respecto al último descubrimiento de Stevenhafen, y que se reflejaba en la fórmula que éste había terminado hacía poco. Kemphel se daba cuenta de que los dos veteranos profesores no terminaban de confiar en él. No era que desconfiasen; simplemente, no le revelaban todavía todo cuanto sabían.

Lou Carrigan

Para no morir nunca

Bolsilibros: Tam-Tam - 56

Brigitte en acción - 410

ePub r1.1
xico_weno 11.07.18

Título original: *Para no morir nunca*
Lou Carrigan, 1983
Ilustraciones: Enrique Martín

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2

tam
tam
tam
tam
tam
tam
tam

CAPÍTULO PRIMERO

EL laboratorio estaba en un chalé rodeado de bosque cerca de Leipzig. Dentro del laboratorio, en aquellos momentos estaban los tres hombres que habitualmente trabajaban en él: el profesor Stevenhafen, el profesor Schliemann y el doctor ayudante Uddo Kemphel.

Este último había sido contratado como ayudante de los otros dos no hacía mucho, y se mostraba un poco irritado por la reticencia que todavía mostraban ambos respecto al último descubrimiento de Stevenhafen, y que se reflejaba en la fórmula que éste había terminado hacía poco. Kemphel se daba cuenta de que los dos veteranos profesores no terminaban de confiar en él. No era que desconfiasen; simplemente, no le revelaban todavía todo cuanto sabían.

—En resumen —dijo Schliemann—, que si queremos fabricar eso ya tenemos la fórmula completa, pero tendremos que ir a buscar más plantas de la Salutiferae Stevenhafen.

—Me parece lo más prudente, Rudolf —le miró apaciblemente el profesor Stevenhafen—. No sólo necesitaremos grandes cantidades de esa planta, sino que todavía quiero hacer la última comprobación respecto a la fórmula.

—Ya has hecho las suficientes comprobaciones: es un éxito.

—Con cobayas, sí.

—Si quieren —intervino Uddo Kemphel— yo acepto ser el sujeto humano experimental, profesor.

—Será en otro momento —le miró Stevenhafen—. Ahora tenemos que hacer la última comprobación, y para ello no nos queda otro remedio que ir a buscar la planta.

—Está bien —se resignó Schliemann—, pero todos sabemos aquí que esa fórmula es todo un éxito como revitalizante regenerativo y euforizante. El medicamento que fabriquemos con ella será algo así

como un seguro para no morir nunca.

—¡Vamos, Rudolf, no seas exagerado! —rió Han Stevenhafen.

—Puede que sea exagerado, pero después de esto, amiguito, tú y yo hemos terminado de pasar estrecheces económicas para nuestras investigaciones en otros campos. ¡Nos vamos a hacer millonarios, maldita sea!

—No sabía que te interesara tanto el dinero —se sorprendió Stevenhafen.

—¿El dinero? ¿De qué hablas? ¡A mí lo que me interesa es tener tanto dinero que no tenga necesidad de pensar en el dinero!

—Eso es un galimatías, ¿no?

—¡Claro que no es un galimatías! Lo que pasa contigo es que estás tan ufano con tu descubrimiento que no escuchas realmente lo que te dicen.

—¡Ya lo creo que escucho! Pero eso del dinero que no te interesa pero que…

Uddo Kemphel iba mirando de uno a otro profesor, conteniendo una sonrisita irónica. Eran tal para cual. Como suele decirse, Dios los cría y ellos se juntan, sólo que esta vez los había juntado para gastar una broma, evidentemente.

Aunque la broma ya se la había gastado a cada uno particularmente. El profesor Hans Stevenhafen, alemán donde los haya, medía apenas metro sesenta, era delgado como una cerilla y tenía una cabeza de lo más notable por su desmesurado tamaño, especialmente en la frente, de curvatura insólita. Llevaba lentes de miope consumado, barbita de chivo muy canosa, y el conjunto era el de un extraño niño cabezón, barbudo y candoroso. En cuanto a Rudolf Schliemann, que tenía unos cinco años menos que Stevenhafen, es decir, unos sesenta, era un gigante de casi dos metros, gordo como un hipopótamo de descomunales ojos azules, y de una belleza facial que habría resultado formidable si las bolsas en los ojos, las papadas y demás blandenguerías no la hubieran deformado y ajado al parecer ya inexorablemente.

Por separado eran notables. Juntos, y discutiendo, el uno mirando hacia arriba y el otro hacia abajo, para mirarse a los ojos, eran todo un espectáculo. Junto a ellos, Uddo Kemphel, que tenía apenas cincuenta años y era normalísimo y corrientísimo en todo, pasaba sencillamente desapercibido.

—Ah, bueno —admitió por fin Stevenhafen—, ahora comprendo. Así sí que estoy de acuerdo contigo.

—¡Pues eso es lo que yo había dicho desde el principio!

Uddo Kemphel alzó una mano, los dos le miraron entonces, y él dijo:

—Según entiendo dentro de poco todos vamos a tener que emprender un viaje que presumo será largo. ¿Correcto?

—Correcto —asintió Stevenhafen.

—Lo que en realidad estoy preguntando —murmuró Kemphel— es si van a contar conmigo para ese viaje.

—Bueno, no hace falta tanta gente, ésa es la verdad —dijo muy rápido Stevenhafen—. Y por otra parte, si usted nos acompañara el laboratorio se quedaría vacío, es decir, que nos quedaríamos incomunicados con nuestros clientes a los que vendemos fórmulas para medicamentos. En cambio, si usted se queda, podrá atender pedidos y todo eso.

—O sea, que me dejan en tierra. Que prescinden de mí.

—No prescindimos de usted —frunció el ceño Schliemann—. Al contrario, le dejamos aquí porque confiamos en usted, Uddo. Comprenda que sería absurdo ir todos a África y dejar vacío el laboratorio.

—Sí, claro… Comprendo.

—Ya nos hacemos cargo de que le habría gustado venir con nosotros en busca de la Salutiferae Stevenhafen, pero no puede ser —insistió Schliemann—. Le necesitamos aquí, Uddo, eso es todo.

—Ustedes son mis jefes, porque me pagan, pero no sé si me gusta trabajar en estas condiciones de desconfianza: no han permitido que yo viese la fórmula, la tienen siempre metida en la caja fuerte, y casi no hablan de ella en términos científicos cuando yo estoy presente. Tampoco han querido decirme dónde está esa planta a la que llaman Salutiferae Stevenhafen en honor del profesor Stevenhafen, naturalmente, ni han querido decirme cuál es su verdadero nombre, ni cómo identificarla… Pónganse en mi lugar y díganme si ustedes no estarían cuando menos irritados.

—Vamos, no se lo tome así, hombre —le palmeó la espalda Schliemann—; sólo hay que esperar un poco y todos nos pondremos a trabajar en la fabricación definitiva del producto. Cuando lo hayamos obtenido aquí artesanalmente, tal como hacemos siempre

Hans y yo, podemos comercializar su fórmula, y usted también tendrá sus buenos beneficios. ¡Amigo mío, se lo digo yo: con la Salutiferae Stevenhafen no vamos a morir nunca!

—Eso es una majadería, Rudolf —dijo aquella misma noche Sonja, la esposa de Schliemann, mientras cenaban todos en el comedor del chalé—: todos acabaremos por morir un día u otro.

—Mujer, es un modo de hablar —farfulló Schliemann—. Estoy seguro de que todos lo han entendido así menos tú.

—¡O sea, que soy una tonta!

Rudolf Schliemann se quedó mirando fija e inexpresivamente a su esposa Sonja, que era otro de los grandes contrastes en la vida del gigantesco botánico y químico: Sonja tenía poco más de treinta años, era rubia, de grandes ojos verdosos, rostro bellísimo y cuerpo espléndido. Tal vez unos cuantos años atrás, cuando Schliemann todavía no estaba tan gordo, podían haber resultado una pareja aceptable. Ahora se hacía muy difícil relacionar a un hombre que había cumplido ya los sesenta y se había abandonado físicamente, con una mujer como Sonja, joven, esbelta y hermosa.

En todo caso, si con alguien podía hacer pareja allí la bella Sonja era con Alan Morris, el norteamericano que tiempo atrás habían conocido los dos científicos en África. Morris era el clásico vagabundo aventurero y oportunista: guapo, simpático, inteligente, valiente, decidido siempre a todo… Lo cierto era que en su viaje anterior a África, Schliemann y Stevenhafen se habían congratulado de toparse allá con Morris, le habían contratado para que les acompañara y resolviera los problemas que pudieran deparárseles su desconocimiento de las costumbres africanas y, desde entonces, Alan Morris, vividor simpático y atractivo como un joven tigre, vivía con y a costa de los dos investigadores. Eso sí: Alan Morris era un hombre útil, para cualquier cosa. Era independiente, díscolo, descarado y todo lo que se quisiera, pero nadie le regalaba nada a Alan Morris, él se ganaba todo cuanto recibiera y más. De un modo u otro, Alan siempre se ganaba lo que le dieran. Siempre.

—Yo no he dicho semejante cosa, querida —dijo suavemente Rudolf.

—Pero has pensado que soy una tonta.

—¿Cómo puedes saber lo que he pensado? —Se irritó Schliemann.

—¿Saben lo que estoy pensando yo? —intervino Alan Morris—. Que me están fastidiando la cena con sus discusiones de siempre. Miren, lo que les pasa a ustedes dos es que ya no encajan el uno con el otro, eso es todo. ¿Por qué demonios no se divorcian y así ambos vivirán felices y a su gusto? Sonja podrá dedicarse a pasear su belleza por Europa, y usted, profesor, podrá dedicarse a las investigaciones con su compinche Stevenhafen sin que nadie le importune. Oye, Alfred, ¿tenemos más carne con zanahorias?

El criado del chalé contuvo una carcajada y dijo, muy serio:

—Por supuesto que sí, Alan.

—Señor Morris —corrigió el yanqui—. No quiero que cuando muera en mi epitafio digan que fui amigo de un cocinero alemán.

Alfred soltó la carcajada y sirvió otro plato de comida a Morris, que pareció desentenderse de todo. Stevenhafen, que le contemplaba con simpatía y afecto, sonrió y dijo:

—Bueno, entonces estamos de acuerdo: Uddo y Alfred se quedarán en casa, y los demás iremos a África, A menos que tú también prefieras quedarte, Sonja.

—Claro que no. ¡Con tal de salir de este agujero iría a cualquier parte! Sobre todo, si nos acompaña Alan.

—Claro que nos acompaña —refunfuñó Schliemann—. Pero haced el favor de ser discretos, ¿de acuerdo? Me fastidia que se hagan las cosas ante mis narices. Ya me entendéis, así que hablemos de otra cosa. O sea, del viaje. Oye, Hans, ¿qué te parece si contratásemos a un nativo de la isla? ¿Cómo se llamaba aquel que ya conocía Alan de la vez anterior?

—Amador —dijo Alan Morris—. Y no sería mala idea asegurarnos su compañía. Yo soy un tío listo, pero él es de la isla, así que aunque fuese tonto, Que ¡que no lo es!, sabrá más cosas que yo.

—¿Es eso posible? —preguntó irónicamente el hasta entonces silencioso Uddo Kemphel—. ¿Es posible saber más cosas que Alan Morris?

—Lo que le pasa a usted es que me tiene envidia —dijo Alan, guiñando un ojo—, porque soy más joven, más alto y más guapo. Y porque además soy americano.

—¡Valiente cosa! —bufó Kemphel—. ¡Los americanos…!

—Calma, calma —masculló Schliemann—. Y sigamos con lo

nuestro. Me pregunto si podríamos salir dentro de una semana como máximo. ¿Alan?

—Yo creo que sí. Máximo dentro de diez días.

—Perfecto. Hasta entonces me gustaría que todos viviéramos en paz y tranquilidad, ocupándose cada cual de sus asuntos. Y como me parece que ya es tarde y no hay más que hablar, buenas noches a todos.

Cinco días más tarde, dos sombras aparecieron de la linde del bosque y corrieron hacia el chalé. Debían ser las once de la noche, y no había luz en parte alguna de la casa; solamente en la fachada, un farolillo artístico esparcía una iluminación de mínima visibilidad.

Las dos sombras llegaron en pocos segundos a la casa, integrándose en las de una de las paredes laterales. Era como si ni siquiera hubieran existido, como si jamás dos hombres vestidos de oscuro hubieran salido del bosque y hubieran corrido hacia el chalé.

Pero un minuto más tarde los dos hombres entraban por una de las ventanas, que fue colocada cuidadosamente en su sitio. Tan sólo diez minutos más tarde la ventana fue de nuevo alzada, y los dos hombres saltaron al exterior por el hueco. En la mano izquierda de uno de ellos se veía un sobre cuya blancura era visible en la oscuridad.

—Dóblalo y mételo bajo tu ropa —susurró el otro.

Mientras él bajaba la ventana, el del sobre lo dobló, lo metió bajo su ropa de abrigo, y, tras cambiar una mirada con su compañero, señalaba hacia el bosque. Los dos echaron a correr hacia allí…

—¡Alto! —soltó la voz a la izquierda de ambos—. ¡Alto ahí o disparo!

El sobresalto de los dos hombres fue tremendo. Resultó evidente que de ninguna manera habían esperado tener contratiempo alguno. Sin embargo, el contratiempo estaba allí y, aunque por demás inesperado, estaban preparados para hacerle frente.

Uno de ellos sacó la pistola provista de silenciador, y se volvió decididamente hacia donde había sonado la voz, mascullando:

—Sigue corriendo, yo me ocupo de ese suj…

El trallazo del disparo resonó en el silencio de la noche como un auténtico cañonazo. A unos treinta metros del sujeto que había sacado la pistola con silenciador brotó el fogonazo. La bala crujió

en el aire como un seco latigazo, y fue a hundirse certeramente en el corazón del intruso, que soltó un breve bramido y saltó violentamente hacia atrás.

El otro le oyó, se detuvo, vio a su compañero todavía cayendo, y más allá la atlética silueta de un hombre que corría hacia él. Sin pensarlo dos veces, el hombre metió la mano bajo la ropa, tocó el sobre, asió la pistola, la sacó y apuntó al sujeto que corría hacia él.

Plof, plof, disparó velozmente.

Y eso fue lo último que hizo en su vida, porque a unos veinte metros de él Alan Morris oyó el crujido de las balas junto a su cabeza, se detuvo en seco lanzando una maldición y disparó. Esta vez la bala fue a dar en la frente del adversario, que ni siquiera pudo emitir sonido alguno de despedida de la vida. Cayó hacia atrás como arrugándose, rodó por el suelo, y eso fue todo.

Por supuesto, los disparos efectuados por Alan Morris habían despertado a todos los ocupantes del chalé, que fueron saliendo. Cinco minutos más tarde los ánimos estaban más calmados, y los dos sujetos muertos yacían en el vestíbulo de la casa. Junto a ellos, sus pistolas provistas de silenciador, que Alan había examinado con interés. Todos estaban en pijama y bata, excepto Sonja, que bajo la bata llevaba un camisón color rojo vivo.

—¡Pero esto es horrible! —decía precisamente Sonja en aquel momento—. ¡Estos dos hombres están muertos! ¿Qué vamos a hacer ahora?

Todas las miradas se volvieron hacia Alan. Naturalmente, lo que procedía hacer era avisar a la policía, eso lo pensaban todos. Pero también pensaban que si avisaban a la policía, y por bien que el asunto se resolviese para ellos y en especial para Alan, que era quien había matado a los dos sujetos, lo menos malo que ocurriría sería que el viaje que prácticamente estaba preparado en todos sus detalles tendría que ser pospuesto. ¡Y cualquiera sabía por cuánto tiempo!

Las palabras de Alan sorprendieron a todos:

—Lo primero que tendríamos que hacer es intentar averiguar qué hacían estos sujetos aquí. Y para empezar, yo me atrevo a sospechar algo.

Acto seguido, Alan Morris demostró que él siempre se ganaba lo que le daban: encontró el sobre bajo la ropa de uno de los muertos,

supo por las documentaciones que éstos se llamaban Adolf Zigman y Heinrich Blume, descubrió por dónde habían entrado y salido de la casa, y aseguró que aquellos dos sujetos habían podido actuar impunemente porque habían controlado el sistema de alarma de la caja fuerte, la que indudablemente habían abierto con tanta facilidad porque, además, conocían su combinación, así que habían podido llevarse nada más y nada menos que la fórmula de la Salutífera Stevenhafen.

Porque eso era todo lo que se habían llevado aquellos sujetos de la caja, desdeñando dinero y otras cosas de valor: la fórmula, contenida en el sobre doblado.

—Pero… ¡esto es imposible! —exclamó por fin Stevenhafen—. ¡Sólo Rudolf, Sonja y yo conocemos la combinación de la caja! Lo de la alarma quizá se pueda controlar sin abrir la caja, pero la combinación de ésta sólo la sabemos nosotros tres.

—Se equivoca usted, profesor —sonrió Alan Morris—: yo también la conozco.

—¡Claro que no! ¡Eso es imposible!

La caja estaba cerrada. Alan Morris se colocó ante ella, manipuló en el dial unos pocos segundos, bajó la manilla, tiró de la gruesa puerta de acero y ésta se abrió. Stevenhafen y los Schliemann estaban estupefactos.

—No hay para tanto —sonrió secamente Alan—. Ustedes no son precisamente los guardianes del tesoro, ¿saben? Así que del mismo modo que yo he sabido cómo abrir la caja puede haberlo sabido cualquier otra persona que esté cerca de ustedes.

—No lo dirá usted por mí —dijo Alfred.

—No precisamente. En realidad, creo saber quién ha enviado a esos dos hombres a robar la fórmula. Bueno, no exactamente, pero el doctor Kemphel nos lo dirá.

—¿Yo? —exclamó Uddo, palideciendo.

—Usted, amiguito —le miró fijamente Alan—. Mire, yo tengo la costumbre, desde chiquitín, de andar por ahí cuando me da la gana y como me da la gana, siempre sin hacer ruido y enterándome de todo. Es algo consustancial, no puedo evitarlo. Mis amigos y mi familia me llamaban «El Gato»… Y haciendo el gatito ha sido como he tenido la suerte de ver a ese par de sujetos. Y haciendo el gatito fue como el otro día oí al doctor Kemphel hablando por el teléfono

del saloncito de Sonja cuando ésta había ido a Leipzig. ¿Lo recuerda usted, doctor Kemphel?

—¡Claro que no! —jadeó Uddo.

—Claro que sí. Usted dijo algo que me hizo comprender que estaba hablando con una multinacional, pero sin mencionar el nombre de ésta. Ahora sé con seguridad que no oí mal: usted estaba haciendo algún trato con una multinacional, posiblemente con una de las que, entre sus muchos negocios, cuentan con los de fabricación de medicamentos… ¡Eh! ¡Vuelva aquí, so cabrón!

Uddo Kemphel había salido a toda prisa del despacho donde estaba instalada la caja fuerte, dejando a todos petrificados por el asombro y la incredulidad. Es decir, a todos menos a Alan, que salió en pos de Kemphel con apenas un segundo de desventaja.

Pero un segundo, a veces, puede decidir incluso la vida y la muerte. Y sólo la agilidad, y los magníficos reflejos de Alan Morris le salvaron de la muerte en esta ocasión, porque cuando apareció en el vestíbulo Kemphel ya estaba arrodillado junto a los cadáveres de Zigman y Blume y tenía en la mano derecha la pistola de uno de ellos.

Disparó en el momento en que Alan lo veía, y súbitamente lívido, se dejaba caer de rodillas. La bala zumbó sobre su cabeza. Alan sacó su propia pistola, y gritó:

—¡Suelte esa arma o le…!

Plof, plof, disparó de nuevo Kemphel… y las dos balas pasaron crujiendo siniestramente por donde una fracción de Segundo antes había estado arrodillado Alan, que tras rodar ahora por el suelo se estabilizó, vio a Uddo Kemphel fijando de nuevo en él la mirada y apercibiendo la pistola para disparar otra vez.

¡Crack!, sonó fuertemente en toda la casa el disparo efectuado por Alan Morris.

Cuando los demás, apenas un segundo más tarde, aparecieron en el vestíbulo, Uddo Kemphel yacía espatarrado en un rincón, con la cabeza torcida hacia un lado y un manchurrón de sangre sobre el corazón. Tendido en el suelo, Alan Morris, todavía demudado el rostro, parecía hallarse sumido en sombríos pensamientos.

—Oh, Dios mío —gimió Sonja—. ¡Dios mío, Dios mío!

Unos segundos más tarde, Alfred informaba de algo que ya todos sabían con respecto a Uddo Kemphel:

—Está muerto… Y van tres, Alan.

—Bueno —dijo éste—, por lo que a mí respecta no voy a echarme a llorar por la muerte de tres sujetos como éstos. Si trabajaban para una multinacional de esa calaña que contrata traidores y tipos armados, todos ustedes lo tienen muy mal, créanme. Y no les digo nada si avisan a la policía: se va a armar un jaleo que se van a enterar hasta los chinos.

—Pero… ¡tenemos que avisar a la policía! —exclamó Stevenhafen.

—Hagan lo que quieran. Si yo fuera ustedes enterraría en el bosque a estos tres sujetos que no valían nada, diría cuando llegase el momento que Uddo Kemphel se había despedido al marchar yo a África, y asunto concluido.

—¿Y se iría usted a África como si tal cosa? —exclamó Schliemann.

—¡Ya lo creo! Si yo fuese un sabio como el profesor Stevenhafen, capaz de inventar algo para no morir nunca, ¡a buena hora me complicaría la vida por tres mierdas como éstos! Pero, en fin, ustedes verán: o África o la policía… O la insensatez o la ciencia, señores. ¿Y bien?

Capítulo II

—TODO arreglado —apareció diciendo Alan Morris en la *suite* que Rudolf y Sonja Schliemann habían ocupado en el Hotel Zaire, de Lagos, en la zona comercial de Lagos Island—. Mañana mismo podemos salir hacia Santo Tomé.

—¡Estupendo! —exclamó la bella Sonja.

—¿Por qué te parece estupendo? —se sorprendió su marido.

—Por la sencilla razón de que cuanto antes vayamos allá antes terminaremos con vuestras cosas y antes podremos volver a Alemania.

Rudolf Schliemann, veinticinco años mayor que su mujer, la miró entre irónico y mosqueado.

—Pensaba que querías fugarte con Alan a Estados Unidos.

—¡Oh, es que él no me lo ha pedido… todavía!

—Bueno, bueno —movió las manos el menudo y cabezón profesor Stevenhafen, que se hallaba de visita en la *suite* ocupada por los Schliemann—, dejaros de chistes y tonterías y vamos a lo que interesa. ¿Seguro que podemos salir mañana hacia la isla, Alan?

—Salvo que ustedes tengan problemas personales o especiales, sí —asintió el apuesto Alan—. Por mi parte lo he hecho todo: tengo alquilada la avioneta, he contactado con Amador y le he dicho que volvemos a la isla y que de nuevo necesitaremos sus servicios, me he enterado de que el tiempo es bueno… No se me ocurre nada por lo que no podamos partir hacia Santo Tomé.

—Entonces, por favor, sigamos el viaje —insistió Sonja—. ¡No sé qué diantres ve la gente en África! ¡A mí me parece un continente tan desagradable!

—¿Desagradable? —se sorprendió realmente Alan Morris—. ¿Por qué? ¿En qué es desagradable?

—Ay, no sé. ¡Hay tantos negros!

Rudolf Schliemann soltó un bufido, Hans Stevenhafen se quedó

mirando atónito a Sonja y Alan Morris frunció el ceño. Por fin, masculló:

—Sí, quedaron algunos.

—¿Qué? —Lo miró Sonja—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Que pese a los mercaderes de esclavos que se llevaron a los mejores a América, todavía dejaron algunos negros en el continente. Tal vez pienses que debieron llevárselos todos a Estados Unidos.

—O a Brasil —dijo Sonja—. ¿Por qué será que dónde hay más negros en el continente americano es en Estados Unidos y Brasil?

—¿De dónde has sacado eso? —Gruñó Rudolf.

—Vaya una conversación tonta —refunfuñó Stevenhafen—. ¿Cuándo te parece que debemos salir hacia Santo Tomé, Alan?

Sonja miró aterrada al atractivo Alan Morris.

—¡Por favor, no digas eso de «a la salida del sol», Alan!

—Claro que no —sonrió Morris—. Hay unos setecientos kilómetros desde Lagos a Santo Tomé, y en avioneta eso serán apenas tres horas de viaje, así que no veo la necesidad de salir tan temprano y viajar entre las brumas de las primeras horas del día en el mar. Por otra parte, no vamos a ponernos a trabajar apenas llegar a Santo Tomé, supongo, de modo que podemos tomarnos las cosas con calma.

—Bueno, pero ¿a qué hora saldremos? —insistió Stevenhafen.

—Creo que a las diez de la mañana estará bien —dijo Alan—. Llamaré a Amador para que nos esté esperando con todo preparado, incluido el almuerzo. Le he encargado que nos alquile una de las villas en la bahía de Ana Chaves.

—Pero ¿no vamos a Santo Tomé, la capital de la isla? —exclamó Sonja.

—Así es —le sonrió Alan—. La bahía de Ana Chaves es una avenida preciosa frente al mar, donde están los edificios más hermosos de la isla. Estoy seguro de que Amador nos encontrará una casa magnífica.

—¡Para el tiempo que estaremos en ella…! —bufó Schliemann.

—Nosotros estaremos muy poco, es cierto —asintió Alan—, pero se me ha ocurrido que quizá Sonja podría quedarse en lugar de…

—¡Ni hablar de eso! —protestó Sonja—. Yo formo parte de esta expedición, y estaré donde estén los demás miembros de la misma.

—A eso le llamo yo espíritu de grupo —dijo Schliemann.

—¿Tiene algo de malo que quiera estar con los míos en lugar de quedarme en un sitio lleno de negros? —Se encrespó Sonja.

—Lo mejor que podríamos hacer tú y yo, Rudolf —dijo Stevenhafen— es bajar al bar a tomar un coñac, y dejar a Sonja que se calme.

—Estoy calmada —protestó ésta—. Lo único que he dicho es que cuanto antes terminemos este viajecito mejor para mí.

—De todos modos, Hans y yo bajamos a tomar esa copa. ¿Viene, Alan?

—No —saltó Sonja—. Alan tiene que quedarse para ayudarme a recoger mis cosas y hacer el equipaje.

—Ya… —dijo Schliemann—. Ya, ya. Bueno, hasta luego.

Hizo un gesto a Stevenhafen, que se puso en pie y se encaminó también hacia la puerta de la *suite*. En cuanto se hubo cerrado, Sonja se echó en brazos de Alan Morris y le besó en la boca. Luego, suspiró plañideramente.

—¡No sé qué haría si no fuese por ti, Alan!

—Te buscarías otro —sonrió él.

—¡No digas esas cosas!

—Vamos, Sonja, seamos sinceros: tú ni siquiera has cumplido los treinta y cinco, tu marido tiene sesenta y está más dedicado a su ciencia que a su esposa, así que se podría admitir como normal que te busques… alguna que otra distracción. Si no fuese yo, sería otro. Tu marido lo sabe, y seguramente está deseando que te fugues con algún guapo muchacho para poder dedicarse absolutamente por entero a su trabajo.

—Entonces… ¡fuguémonos! —rió Sonja.

—Eso estaría feo —sonrió el norteamericano, acariciando el cuello de Sonja, que emitió un gritito de dicha.

—¡Pero si acabas de decir que Rudolf lo está deseando!

—Bueno, no estoy muy seguro. Lo creo, pero no estoy seguro. De todos modos, éste no es el momento.

—¿Por qué no? ¡Ese par de chiflados no nos necesitan a nosotros dos para nada!

—Estás equivocada. Mira, Sonja, yo me siento responsable de esos dos hombres, y más después de lo que ocurrió en Alemania, así que estaré con ellos hasta que todo este asunto termine bien.

—¿A qué llamas tú terminar bien?

—Estoy seguro de que partiendo de la planta Salutiferae Stevenhafen tu marido y el profesor Stevenhafen conseguirán algo bueno para la humanidad. Y francamente, me gustaba colaborar en eso.

—Pero ¿tú no eres un golfo sin escrúpulos, un aventurero, un sinvergüenza, un pequeño canallita, un vividor?

—Así es —rió Alan—. Precisamente por eso quiero ayudar en todo lo que pueda favorecer a la Humanidad. Me explicaré: si la Humanidad está enferma y pobre no habrá nada que robar ni nadie a quien valga la pena engañar, de modo que prefiero una Humanidad sana, alegre, floreciente… y con muchas cosas que Alan Morris pueda robarle o estafarle.

—¡Eres extraordinario! —Se echó a reír Sonja—. ¡No he conocido nunca a nadie como tú!

—Lo cual no significa que no exista alguien como yo.

—¡Claro que no! ¡Eso es imposible!

—Que no, mujer.

—Bueno, no vamos a ponernos a discutir —susurró de pronto Sonja—. Si te he pedido que te quedes no ha sido para eso, ciertamente.

—Ya sé. Ha sido para que te ayude a hacer el equipaje.

—¡No seas cínico! ¡Te he pedido que te quedes para que me hagas el amor!

—¿Aquí y ahora? Tu marido…

—A mi marido no le importará, porque así le dejo tranquilo. ¡Es un viejo!

—Mujer, sesenta años no es una edad de momia, digo yo.

—Tal vez no, pero lo cierto es que… Bueno, tendrías que haberlo conocido cuando nos casamos, hace diez años. Yo tenía veinticinco, y él cincuenta. ¡Entonces todavía era guapo, no estaba gordo como ahora, y no se pasaba el día pensando en plantas y drogas!

—Hay que ver lo que hace el tiempo con uno —dijo pesarosamente el apuesto Alan Morris—: ¡lo envejece! Y a propósito del tiempo: ¿qué dirías tú que es el tiempo?

—Algo que en estos momentos estás perdiendo estúpidamente —susurró Sonja.

Alan Morris dejó de perder el tiempo. Veinte minutos más tarde,

tendida lánguidamente en la cama, todavía con el último suspiro de placer en los labios, Sonja murmuró:

—¿Lo ves? ¿Ves como no puede haber nadie como tú en todo el mundo?

Nunca había visto nada igual, así que el profesor Schliemann se había quedado boquiabierto, como petrificado. Es verdad que su esposa Sonja era bellísima, pero aquella muchacha la sobrepasaba bajo cualquier punto de vista. Sonja tenía ya treinta y cuatro años, estaba… sabrosamente llenita, y era rubia. Perfecto.

La muchacha que estaba viendo Rudolf Schliemann en la puerta del bar era morena, de largos cabellos ondulados y negrísimos, y unos espléndidos y enormes ojos negros que, precisamente en aquel momento, fijos en la cabezota de Hans Stevenhafen, expresaban una gran sorpresa. Sorpresa refrendada por el gracioso gestó de la boca sonrosada. Ojos, boca y nariz formaban un hermoso conjunto rodeado de la negra mata de cabello. La desconocida medía más de metro setenta, era elegante y sobria, y su cuerpo no podía ser más flexible, esbelto y espléndido.

Por fin, Rudolf pudo reaccionar, murmurando:

—Madre mía…

—¿Qué te pasa? —se interesó Stevenhafen, copa de coñac en mano.

Rudolf movió apenas la barbilla hacia la puerta y Stevenhafen se volvió discretamente. Enseguida lanzó una exclamación de sorpresa, y se puso en pie.

Desde la puerta, la muchacha morena reaccionó también, y exclamó en ese mismo momento:

—¡Profesor Stevenhafen! ¿Es usted?

—¡Atiza! —exclamó Hans Stevenhafen, como si fuese un mal cómico ensayando—. ¿Eres tú, Marlene? ¿Qué haces aquí?

La muchacha se echó a reír, corrió hacia el profesor, le abrazó y le besó sonoramente en ambas mejillas. Rudolf Schliemann se puso en pie lentamente, fascinado. La piel de aquella muchacha era como de bronce. Jamás, jamás en su vida había visto Rudolf una mujer como aquélla. ¡Jamás!

—¡Esto sí que es una sorpresa! —aseguraba la muchacha—. ¡Es usted la última persona a la que habría esperado encontrar en este lugar!

—Lo mismo digo de ti —replicó Hans—. ¿Qué haces en Nigeria?

—Oh, estoy escribiendo un reportaje sobre todo ese asunto de los extranjeros que han sido expulsados del país, ya sabe.

—Pero de eso hace ya semanas, ¿no? —se sorprendió Hans.

—Sí, pero es ahora cuando me interesa a mí. Mis colegas han cubierto la información diaria en el momento en que se iban produciendo los hechos, de modo que el público no precisaba de mis artículos, ya tenía dónde informarse. Pero es ahora, cuando las cosas se están calmando, cuando creo que se pueden escribir cosas interesantes… si uno sabe dónde buscarlas.

—Ya. Entiendo. ¡De modo que estás en Nigeria trabajando!

—Todavía no. He llegado esta misma mañana, y apenas estoy instalada. ¿Hace mucho que está usted en Lagos?

—Tres días. De modo que te has hecho periodista… Sí, desde luego, la botánica no era para ti.

—¡Me gustan las flores! —rió la muchacha—. ¡Pero estudiarlas era demasiado absorbente!

—Hablas como una profana… En fin, ¿conque periodista? Bueno, algo se ha de ser en la vida. Ah, quiero presentarte a mi colega, socio y amigo, el profesor Rudolf Schliemann, que me acompaña en un viaje de… Ejem… Rudolf, ella es Marlene Bauer, exalumna mía hace años.

—Y ahora periodista, lo he oído —sonrió Rudolf, estrechando la mano de Marlene—. ¿Cómo está, *Fraulein* Bauer?

—Muy bien, gracias: encantada de conocerle, profesor.

—Lo mismo digo. ¿Tiene algún compromiso?

—¿Compromiso? —Parpadeó desconcertada Marlene.

—Pregunto si está en Lagos en compañía de alguien.

—¡Ah! No, no. Estoy sola. Me he acostumbrado a viajar sola.

—Eso puede ser peligroso, pero en esta ocasión resulta agradable. ¿Quiere sentarse con nosotros y tomar una copa?

—Encantada. ¿Ustedes también viajan solos?

—No —dijo Stevenhafen—. Rudolf viaja con su esposa. Y a los tres nos acompaña un amigo. Un muchacho americano.

—¡Oh, no! —se lamentó Marlene.

—¿No le gustan los americanos? —preguntó Schliemann.

—Ya sé que no voy a decir nada original, pero los americanos son la gente más petulante, fanfarrona y torpe del mundo. No, no

me gustan demasiado, francamente.

—Alan es diferente —aseguró Rudolf.

—Si usted lo dice… ¡Caramba, qué alegría encontrarles! ¿Saben qué hace más de dos meses que no hablo en alemán con nadie? Por aquí hay que hablar en inglés y francés, si me apuran en español y portugués, pero no he conseguido encontrar a nadie que hable alemán. ¿Estarán mucho tiempo en Lagos?

—No —dijo Hans—. Nos vamos mañ…

No dijo nada más. Rudolf lo miró, frunció el ceño y apretó los labios. Marlene Bauer, encantadora, se puso a mirar de uno a otro al principio un poco desconcertada. De pronto, se echó a reír.

—¡No me digan que su viaje es secreto! —exclamó.

—La verdad es que sí —murmuró Hans.

—Y nos gustaría que continuara siéndolo —deslizó Rudolf.

—Claro —sonrió Marlene—. ¿De manera que se van mañana?

—Pues… sí. Sí, mañana, eso es —masculló Schliemann.

—¿Adónde?

—Bueno, aún no hemos decidido la ruta que…

—Déjate de tonterías, Rudolf —dijo Stevenhafen—. Marlene es demasiado lista para que no se dé cuenta de cuándo los demás le mienten. Además, yo estaba olvidando quién es. Podemos confiar plenamente en ella. Estoy seguro de que Marlene no hará nada que pueda perjudicarme. ¿No es cierto, Marlene?

—Naturalmente —asintió la bella Marlene, como preocupada—. ¿Es que está ocurriendo algo… preocupante?

—Bueno, son tonterías nuestras. Todo se reduce a que no queremos que nadie sepa dónde estamos. Vamos detrás de algo verdaderamente grande, Marlene.

—Hans, creo que no deberías… —empezó Rudolf.

—Tonterías —no le dejó terminar Stevenhafen—. Incluso se me está ocurriendo algo interesante: cuando tengamos preparada definitivamente la S.S. no sería mala cosa promocionarla a nivel mundial fuera de nuestro ámbito habitual, y Marlene podría encargarse de ello. ¿Para qué periódico trabajas?

—No trabajo para un periódico —movió la cabellera la muchacha—, sino para una agencia de Frankfurt.

—¡Mejor que mejor! Pero bueno, no es el momento de explicártelo todo. ¿Estarás muchos días en Lagos?

—No lo sé. Depende de los datos que vaya recogiendo. Lo mismo me da tres días más que menos. Y mi reportaje no es urgente, sino de fondo. Vamos, profesor, no puede dejarme así de intrigada: ¿adónde van y qué es lo que pasa?

—Todavía no puedo decirte lo que pasa. Vamos a Santo Tomé. Quizás te encontremos aquí cuando emprendamos el regreso.

—Quizá. ¿Qué hay en Santo Tomé que interese a dos científicos como ustedes?

—Nada —dijo apresuradamente Schliemann—. ¡Nada!

De nuevo miró Marlene de uno a otro hombre. Su ceño se frunció, pero en ella esto parecía una broma que aumentaba todavía más su encanto. Rudolf Schliemann, que miraba el escote de la muchacha, se sentía turbado por la tersura de los senos bronceados parcialmente vistos. Debían ser dos maravillas universales que…

—Veamos —atrajo su atención Marlene—, están ustedes en el continente africano, donde, puestos a buscar plantas, hierbas y cosas de las que sé que le gustan al profesor Stevenhafen, sin duda encontrarían los más variados y extraños ejemplares de la flora mundial. Y sin embargo, se van a Santo Tomé. Entiendo que a la isla de Santo Tomé exactamente, claro.

—Claro —se desconcertó Schliemann.

—Lo digo porque tal vez fuesen ustedes al país llamado corrientemente Santo Tomé, pero que tiene por nombre completo el de Santo Tomé y Príncipe, y que está compuesto por las islas de Santo Tomé, Príncipe, Macías Nguema, Pagalu… en fin, un montón de pequeñas islitas todas ellas prácticamente en pleno ecuador, y de las cuales, la más importante en todos los aspectos, además de tener la capital en la ciudad de Santo Tomé, es la de este nombre. Y allá es donde van ustedes: a Santo Tomé y Príncipe, a la isla de Santo Tomé. ¿Lo he entendido bien?

—Sí —gruñó Schliemann.

—¿Y qué hay allá? —Marlene sonrió encantadoramente—. Aparte del oro verde, claro. Ya saben: el cacao. Toda la isla, en su perímetro, está plantada de cacaotales. Las rocas, que las llaman, esas plantaciones que dicen que se parecen a las grandes fazendas brasileiras… ¿Está usted haciendo algún… experimento con el cacao, profesor Stevenhafen?

—No exactamente con el cacao —murmuró Hans.

—¿Con qué, entonces? ¿Acaso hay en esa isla algo más que cacao?

—¡Ya lo creo! ¡Hay una planta que…!

—Hans —le interrumpió de nuevo Schliemann—, creo que deberíamos subir a cambiarnos para cenar.

—¡Pero si ni siquiera me han invitado a coñac! —rió Marlene; miró maliciosamente a Schliemann—. Me parece que a usted no le hace mucha gracia que el profesor Stevenhafen confíe en mí, profesor Schliemann.

—Bueno, la verdad es que no veo la necesidad de hacerlo —farfulló Rudolf—. Dudo mucho que a usted le interesen nuestros asuntos.

—¿Por qué no habrían de interesarme? No sé si ha entendido bien al profesor Stevenhafen: yo estuve un tiempo estudiando Botánica con él, y aunque lo dejé, todavía hay cosas que me gustan. Y mire, profesor, si ustedes han venido desde Europa a una isla en la que sólo hay cacao yo me sorprendo… y me siento llena de curiosidad.

—Hace unos meses —dijo atropelladamente Stevenhafen— descubrí una planta a la que pusimos el nombre de Salutiferae Stevenhafen…

—Discúlpenme un momento —refunfuñó Schliemann—. Ahora recuerdo que tengo algo que atender. Con permiso.

Salió a toda prisa del bar y se lanzó escaleras arriba arrancando desde el vestíbulo del hotel. A los pocos segundos entraba en la *suite* que compartía con su esposa… a la que encontró en la cama, desnuda y desperezándose voluptuosamente.

—¿Dónde está Alan? —inquirió Rudolf, jadeante.

Un gesto de fingida sorpresa comenzó a aparecer en el bello rostro de Sonja, pero en aquel momento se oía el suave disparo eléctrico de la cisterna del cuarto de baño. Rudolf Schliemann entró en éste y se encontró a Alan Morris desnudo y lavándose las manos en el lavabo. Alan lo miró, frunció el ceño y dijo:

—Creíamos que tardaría más, profesor.

—Al demonio usted y esa zorra —masculló Rudolf—. Por lo que a mí respecta cuanto antes la quite de mi vida mejor, Alan. Mientras tanto, que le aproveche, maldita sea. Y no se hable más del asunto.

—De acuerdo. Pero sigo sorprendido por el hecho de que usted

haya regresado antes de lo que parecía normal.

—Está ocurriendo algo que me ha intranquilizado. Usted ya conoce a Hans, es un ingenuo… quiero decir incluso más ingenuo que yo. Bueno, él se ha encontrado con una muchacha llamada Marlene Bauer, exalumna de él, y le está contando todo el asunto.

—¿Todo? —Respingó Alan.

—Bueno, no sé si le explicará lo de aquellos tres tipos muertos, pero no me sorprendería.

—¿Está chiflado ese hombre?

—Dice que la muchacha goza de toda su confianza, y que aprovechando el encuentro casual…

—¡Pero qué encuentro casual ni qué…! Maldita sea, ustedes son como niños: ¡no se les puede dejar solos!

Capítulo III

CUANDO Alan Morris apareció apresuradamente en el bar, Marlene Bauer y el profesor Stevenhafen estaban ya tomando una copa de coñac, y ambos volvieron la cabeza hacia la puerta, pues el norteamericano entró como una tromba capaz de llevárselo todo por delante.

—Ah, Alan —alzó un brazo Stevenhafen—, venga, quiero presentarle a una persona encantadora.

Alan Morris ya estaba junto a ellos, mirando fijamente a Marlene, y por cierto sin poder ocultar su sorpresa, su admiración, su pasmo. Schliemann no le había explicado cómo era la muchacha, y el descubrimiento lo dejó patitieso.

—Ella es Marlene Bauer, exalumna mía. Ahora es periodista.

—Hola —murmuró Alan.

Ella le miró entre simpática y especulativa de arriba abajo, y finalmente, dijo, sonriendo:

—Hola, ¿qué tal?

—Él es Alan. Alan Morris, ya te he hablado de él, Marlene.

—Sí, es cierto. Es una lástima que el señor Morris no pueda quedarse con nosotros a tomar una copa.

—¿Por qué no puedo quedarme? —Frunció el ceño Alan—. ¿Cómo puede usted saber eso?

—Me ha parecido que tenía mucha prisa, de modo que he supuesto que tras decirle algo al profesor se marcharía a atender algunos asuntos.

—Sólo tenía prisa por llegar aquí —gruñó Alan.

—Oh. Vaya, no me diga que el profesor Schliemann le ha dicho que había una chica bonita en el bar y usted se ha apresurado a venir de cacería.

—Es usted muy sarcástica, ¿verdad?

—Cuando me parece oportuno, sí.

—Bueno, pues tenga cuidado con sus sarcasmos, porque…

—Un momento, un momento —salió de su estupefacción Stevenhafen—, ¿qué está pasando aquí? ¡Se diría que están peleándose! ¡Y acaban de conocerse!

—Pasa como cuando suelta usted dos gallos en un corral —rió Marlene—: es inevitable que se peleen.

—Usted no es ningún gallo —sonrió de oreja a oreja Alan, encantado de poder asestar una puya a la muchacha—: en todo caso, será una gallina.

Stevenhafen miró aterrado a Marlene, al parecer esperando alguna terrible reacción por parte de ella, pero tal cosa no sucedió. Marlene sostuvo la mirada de Alan, y eso fue todo.

—¿Quiere una copa de coñac, Alan? —ofreció Stevenhafen, por decir algo.

—Bueno —el norteamericano se sentó, mirando todavía con ironía a Marlene—. Habla usted el inglés mucho mejor que el profesor, señorita Bauer.

—He viajado mucho. Aunque seguramente menos que usted.

—Sí, seguramente. Oiga —volvió a sonreír Alan—, ¿de verdad no se le ocurre ninguna frase para zaherirme en venganza a la mía? Eso refleja muy poca imaginación, ¿no le parece?

—Pero bueno —bufó Stevenhafen—, ¿a qué viene todo esto? ¡Los dos son amigos míos, así que hagan el favor de dejar de hacer y decir tonterías!

—Lo que ocurre, profesor —dijo Marlene— es que su colega Schliemann se ha asustado porque usted me estaba contando demasiadas cosas, y ha corrido a advertir al señor Morris para que éste viniera a interrumpir la conversación, convencido de que yo soy… una espía dispuesta a engañarle y robarle grandes secretos de botánica o química. ¿No es así, señor Morris?

—Tal vez —asintió éste.

—Vamos a dejarnos todos de tonterías, ¿de acuerdo? —refunfuñó Hans Stevenhafen—. Alan, quiero que quede bien claro que confío plenamente en Marlene, y que no hay nada que ella no pueda saber de mis investigaciones y descubrimientos. ¿De acuerdo?

—No le convencerá —sonrió Marlene—: el señor Morris, en lugar de cerebro tiene un ladrillo en el que ya han escrito la

advertencia de que Marlene Bauer es una ladrona de secretos botánicos, y nada le hará cambiar de opinión. ¿Verdad, señor Morris?

—Claro que no —gruñó éste—. Si el profesor confía en usted hasta ese extremo yo tengo que aceptarla, sin más.

—Caramba, entonces es usted mucho menos tonto de lo que yo creía. ¿Sabe si hay por aquí algún espía ruso o americano?

—¿Yo? Claro que no. —Alan se estaba mosqueando—. Yo no tengo nada que ver con esas cosas. ¿Por qué me pregunta a mí?

—A alguien he de preguntar.

—¿Y para qué quieres un espía ruso o americano? —Mostró su sorpresa Stevenhafen.

—Para venderles el secreto de la Salutiferae Stevenhafen. ¿Cuánto cree que me pagarían por ello, señor Morris? ¡Imagínese, una planta que contiene Coca-Cola! ¿O no es Coca-Cola lo que contiene, profesor?

Stevenhafen se echó a reír. Alan Morris frunció todavía más el ceño y dijo:

—Es usted muy graciosa.

—Y eso que todavía no me ha visto poniendo huevos.

Hans Stevenhafen se echó a reír de nuevo, con más ganas que antes. Alan Morris estaba ya definitivamente mosqueado. Y al mismo tiempo, inevitablemente, fascinado por los negros ojos de Marlene Bauer. Ésta se puso en pie, diciendo:

—En vista de que el profesor sólo hace que reír y que usted se ha quedado mudo, me retiro a ocuparme de mi equipaje y demás formalidades. Hasta mañana, señor Morris.

—Dudo que nos volvamos a ver usted y yo —deslizó Alan.

—Se equivoca —sonrió deliciosamente Marlene—: el profesor Stevenhafen acaba de invitarme a viajar en su vuelo privado a Santo Tomé. Creo que el reportaje sobre Nigeria tras el forzoso éxodo de los extranjeros puede esperar unos cuantos días, y en cambio ustedes no me esperarían para ir en busca de la planta productora de maravillas mil. No se esfuerce en convencer al profesor de que se eche atrás y no me admita en la expedición. Sería perder el tiempo, porque Hans y yo acabamos de hacernos novios, y naturalmente él querrá tenerme en todo momento a su lado. ¿No es así, Hans, cariño mío?

Hans Stevenhafen, que estaba pasando rápidamente del pasmo a la risa, consiguió recuperarse de ambas y asentir.

—Oh, sí, así es, Marlene, mi vida.

—*Auf wiedersehen, mein lieben*.

Alan Morris no pudo reaccionar ni para ponerse en pie mientras la muchacha se alejaba. Cuando ésta abandonó el bar, el norteamericano miró al riente profesor.

—Sí —masculló—, es muy graciosa.

—Vamos, Alan, ¡fue usted quien se metió con ella llamándola gallina! ¡A mí me parece que de gallina no tiene nada!

—¿De verdad confía en ella plenamente?

—Absolutamente.

—¿Y va a venir con nosotros?

—Cuando me he dado cuenta la estaba invitando. No sé por qué me parece que ella me ha llevado de la mano hasta obligarme a ello, pero no me arrepiento. Marlene es una mujer inteligente… y seguramente nos será útil cuando decidamos lanzar mundialmente nuestro descubrimiento.

—Dos mujeres en una expedición de esa clase son demasiadas.

—¡Una expedición! Pero hombre, si sólo vamos a Santo Tomé, que es una islita de unos pocos cientos de kilómetros cuadrados. Usted sabe perfectamente que es un lugar encantador, así que simplemente Marlene pasará unos días simpáticos en nuestra compañía. Y tal vez, cuando termine, decidamos casarnos.

—Ya veo que usted también es muy gracioso.

Naturalmente, Marlene Bauer cenó con los expedicionarios en la mesa de éstos, lo que no fue una magnífica idea precisamente, pues se ganó una enemiga: Sonja Schliemann, que nada más verla pareció que se le erizase el pelo y los ojos le echasen fuego. Cosa ésta que regocijó no poco al profesor Schliemann, aunque por otro lado le preocupó: ¿qué pasaría si Alan Morris, que miraba hoscamente a Marlene Bauer, se enamoraba de ésta y olvidaba a Sonja? ¡Horror, él tendría que esperar que apareciese otro buen samaritano dispuesto a llevarse lejos de él a su exigente esposa! Y no digamos de entretenerla mientras él se dedicaba a la ciencia…

—En fin, si no nos viésemos aquí por la mañana —dijo Marlene —, nos encontraremos a las diez en Ikeja.

—¿Dónde? —preguntó Sonja.

—En el aeropuerto de Lagos, señora Schliemann —la miró amablemente Marlene.

—No sabía que se llamaba así. Sabe usted de todo un poco, ¿verdad?

—No, no señora —sonrió Marlene—: sé de todo mucho. Hasta luego.

—¿Adónde vas? —se sorprendió Stevenhafen.

—A dar un paseo.

—Te acompaño…

Stevenhafen se puso en pie, y por un instante pareció que Alan Morris fuese a hacer lo mismo. Tal vez fue la furibunda mirada de Sonja lo que lo mantuvo sentado. En cambio, el profesor Schliemann no encontró obstáculo alguno para ponerse en pie, mientras decía socarronamente:

—Yo también voy a dar un paseo, pero solo, para dejar a solas a los tortolitos… ¿Qué os parece, las cosas que hace Hans, a su edad? Claro que con una preciosidad así cualquiera pica, ¿no estás de acuerdo, Alan?

—Sí —gruñó éste—. Sí, por supuesto.

—Hasta luego —se despidió riendo Rudolf.

Cuando salió a la calle, Marlene y Hans todavía estaban delante del hotel, conversando. Una riada de coches pasaba por la avenida, ruidosos, rutilantes. El aire parecía cargado de calor y de luces de colores. Salvo por la gran cantidad de gente de raza negra, Lagos podía parecer cualquier ciudad europea o americana…

Rudolf Schliemann pensó, por un momento, que Marlene y Hans parecían preocupados, pero decidió que todo eran figuraciones suyas. Los saludó muy sonriente y eligió su propio camino. Por supuesto que no se había tomado en serio el «noviazgo» entre Marlene y Hans, pero era seguro que sí tenían recuerdos comunes que comentar, y él sólo sería un estorbo…

El profesor Schliemann, que ni mucho menos era un lince, salvo para su trabajo científico, tardó sin embargo muy poco en darse cuenta de que le seguían. Primero vio a los dos negros por casualidad, al volverse rápidamente para mirar a dos mujeres nigerianas tan altas y espléndidas que no podían pasar desapercibidas de ninguna manera. Luego, también casualmente, vio a los mismos dos hombres reflejados en el cristal de un

escaparate. La tercera vez ya no los vio por casualidad, sino que se las arregló para mirar disimuladamente a ver si lo seguían. En efecto, allí estaban los dos negros vestidos de blanco.

Le pareció imposible que existiese una casualidad tan grande, y finalmente Rudolf Schliemann se asustó, pues los dos negros le parecieron fieros y malvados. Exactamente: fieros y malvados.

Un par de minutos más tarde Schliemann entró en un bar, pidió un *whisky*, y acto seguido preguntó desde dónde podía telefonear. Otro minuto más tarde estaba marcando el número del Hotel Zaire. Comenzó a sudar gotas de angustia cuando le dijeron que el señor Morris y la señora Schliemann no se hallaban en el hotel. Insistió. Uno u otro debían estar, en una u otra habitación, quizá en el bar… La respuesta fue negativa de nuevo.

Mientras tanto, desde donde estaba, al fondo del local, vio a los dos negros vestidos de blanco entrando en el bar, mirando a todos lados. Rudolf sintió un escalofrío. Colgó el auricular, estuvo un par de segundo petrificado por el temor, y luego, en lugar de regresar a la sala del bar se dirigió a los urinarios.

Dentro de éstos encontró otros dos negros, que estaban tomados de las manos, mirándose a los ojos, y hablando en susurros. Por un instante, Rudolf quedó atónito. Los dos negros se soltaron las manos, y salieron de los urinarios. Schliemann sentía como si no tuviese cerebro, como si no tuviera nada dentro del cráneo.

Con escalofriante certeza supo que los dos negros vestidos de blanco no tardarían mucho en aparecer también en los urinarios. Entonces, Schliemann se fijó en la ventana, y acto seguido pensó que, desdichadamente, él estaba viejo, demasiado gordo, y era excesivamente grandullón para pasar por ella…

—Quiero que volvamos al hotel —dijo con voz crispada Sonja—. ¡Por lo que más quieras, Alan, volvamos!

—Tranquilízate. No va a pasar nada. Estamos en el centro de la ciudad, querida.

—Pero nos siguen. ¡Estoy segura de que nos siguen a nosotros! ¡Y será por algo!

—Haz el favor de calmarte —gruñó Alan—. Hemos salido a dar un paseo, y eso haremos. ¡No camines más deprisa!

La retuvo a su lado, tomada de su brazo. Al doblar la esquina miró de reojo con la habilidad suficiente para ver a dos negros

vestidos de blanco que les estaban siguiendo hacía rato. Seguramente desde que salieron del hotel, aunque no se habían dado cuenta entonces.

Ciertamente, entre Sonja y Alan había grandes diferencias, aparte de la contundente del sexo, por supuesto. Él era americano, ella alemana: él era valiente, ella medrosa; él tenía mal genio, ella sólo cuando controlaba la situación. Todo esto lo iba pensando Alan Morris, pero sólo para esforzarse en no pensar más en los dos negros.

Finalmente pudo más su temperamento que todas las consideraciones. Justo cuando pasaban delante de un portal Alan giró un cuarto de vuelta, casi arrastrando a Sonja, y entraron ambos en el portal.

—No digas ni pío —gruñó Alan—. Vete escaleras arriba, y no bajes hasta que te llame.

—Pe-pero…

—¡Haz lo que te digo!

Sonja se lanzó escaleras arriba. Alan se colocó en el rincón de la derecha de la entrada, de modo que no se le podía ver desde la calle ni se le veía al entrar, a menos que quien entrase se volviera a mirar hacia el rincón.

Los dos negros aparecieron a los pocos segundos, entrando con cierta precipitación en el portal. Se detuvieron en seco al no ver a nadie, y uno de ellos susurró algo que Alan no pudo entender. Al mismo tiempo, el otro movía la cabeza, y, con no poco sobresalto, vio a Alan tras ellos, mirándolos fijamente. Advirtió a su compañero con una voz, y éste giró vivamente la cabeza, y se quedó mirando fijamente a Alan, que dio un paso hacia ellos.

—Muy bien, amiguitas —gruñó el americano—, ¿qué demonios…?

Las dos navajas aparecieron a la vez. Se oyeron los dos chasquidos de los resortes, y las afiladas hojas de acero aparecieron relucientes. Alan se quedó clavado al suelo, palideciendo ligeramente. No llevaba arma alguna, pues tanto la suya como las que requisara a los sujetos que mató en el chalé habían quedado escondidas allí. Era imposible viajar de un país a otro con un arma encima, y menos si el viaje se realizaba en avión y en varias escalas. Seguramente, el isleño Amador le facilitaría algún arma cuando

llegase a Santo Tomé, pero de momento estaba completamente desarmado.

Una buena idea, en tales circunstancias, habría sido dar la vuelta y salir corriendo a la calle… si no hubiera sido porque Sonja estaba dentro del edificio, posiblemente en el piso primero, y esperando, aterrada, los acontecimientos.

Otra buena idea era ser más listo que los dos negros, así que Alan Morris sonrió.

—Tranquilos, muchachos —dijo, haciendo un gesto de paz—. Apuesto a que me he equivocado. Ustedes no me buscan a mí, ¿verdad?

Los dos negros lo miraban, eso era todo. Y por supuesto que no descuidaban su gesto de guardia con las navajas. Alan Morris amplió su sonrisa. Si había que ser encantador, ¡pues se era encantador!

—Vamos, guarden eso. Aquí ha habido un error que podemos resolver tomando unas copas…

Su primer puntapié alcanzó al negro de la derecha justo donde se había propuesto al dar el último paso como tímido hacia ellos. El negro lanzó un bramido, soltó la navaja, saltó hacia atrás y cayó de rodillas. Para sorpresa de Alan, el otro no le atacó inmediatamente, sino que titubeó de modo más que ostensible. Respingó cuando Alan se encaró abiertamente con él, y entonces sí, en su rostro apareció un gesto de resolución que no le gustó nada al norteamericano.

—Uno a uno ya es diferente, amiguito —dijo Alan—. Si tienes cojones acércate para clavarme eso… ¡Vamos, acércate!

El negro avanzó hacia él, con la navaja por delante, y Alan retrocedió en dirección a la calle. Podía hacer frente al negro personalmente, pero si lo atraía a la calle lo iba a comprometer mucho más exponiéndolo a la vista de los transeúntes, con lo que las cosas se le pondrían difíciles al negro…

¡Cloc!, oyó Alan, dentro de su cabeza. Fue como si dentro del cráneo hubiese explotado una bomb… Una bomba que reventó en miles de luces de colores, las cuales, tan súbitamente como se habían encendido se apagaron, dejando a Alan Morris sumido en la más densa oscuridad.

Capítulo IV

—PUES quizá también a nosotros nos siguieran —dijo Marlene Bauer—, pero no nos dimos cuenta. ¿Verdad, profesor?

—Yo no vi a nadie detrás nuestro —corroboró Stevenhafen—, pero eso no es nada sorprendente, pues soy más ciego que un topo. En cambio Marlene tiene muy buena vista, y si ella no vio a nadie siguiéndonos… ¡Caray, es todo un chichón, Alan!

Éste dirigió una hosca mirada a Stevenhafen, y acto seguido a Rudolf Schliemann, que exclamó:

—¡De buena me libré yo! ¡Seguro que si me atrapan habrían hecho lo mismo conmigo!

—Lo que no entiendo —dijo Marlene— es que ni siquiera le robaran nada. Eso no tiene sentido. ¿Seguro que no le robaron nada, señor Morris?

—Seguro —gruñó el americano.

Estaba sentado en un sillón de la *suite* de los Schliemann, donde se habían reunido a medida que unos y otros fueron regresando al hotel. Los primeros habían sido Alan y Sonja. Luego llegó Schliemann, que se los encontró en la *suite*, pero no en plan de juerga esta vez, sino poniendo Sonja toallas empapadas en agua fría en la cabeza de Alan. Por supuesto hubo un cambio de explicaciones entre ellos que los dejó confusos y preocupados por Marlene y Hans, ya que la aparente lógica indicaba que a éstos también debían haberlos seguido y quizá atacado.

Pero no.

No había sido así y Marlene y Hans habían regresado tranquilamente, para encontrarse con las atropelladas explicaciones. Rudolf había sido más prudente que Alan, por supuesto: había abierto la ventana de los urinarios donde se había sentido acorralado, pero, incapaz de escalarla y escapar por allí, se había escondido en una de las cabinas higiénicas. Al poco, oyó a los dos

negros entrando, lanzando sendas exclamaciones y, tras un rápido intercambio de comentarios en un idioma o dialecto que no entendió, salir disparados; una hora más tarde, Schliemann había abandonado la cabina higiénica, y luego el bar.

Por su parte, la explicación de Alan era más simple: había hecho frente a dos sujetos armados de navajas y cuando retrocedía hacia la calle alguien le había golpeado en la cabeza con una porra. Cuando Sonja se asomó a mirar desde el ángulo de la escalera, lo vio tendido de bruces en el portal. Susto morrocotudo, taxi, paños de agua fría…

—En fin —encogió los hombros Marlene—, parece que querían atracarlos y que…

—No diga tonterías —gruñó Alan.

—Seguramente le habrían quitado a usted todo cuanto lleva encima si hubieran tenido tiempo —dijo Marlene—. Pero debió aparecer alguien…

—No apareció nadie. La primera en verme tendido en el suelo fue Sonja, de modo que si aquellos tres tipos hubieran querido quitarme algo lo habrían podido hacer tranquilamente.

—Bueno —sonrió Marlene—, cuando menos puede usted estar tranquilo respecto a una cosa, señor Morris: no querían matarle.

—Entonces, ¿qué demonios querían?

—¿Cómo puedo saberlo?

—Del mismo modo que asegura saber tanto de todo podría usted saber esto, ¿no? —dijo rencorosamente Sonja.

—Ya veo que usted duda de que soy una persona bien informada, señora Schliemann —sonrió siempre amablemente Marlene—. Espero poder demostrarle lo contrario en más de una ocasión.

—¿Qué tal si nos fuésemos todos a descansar? —propuso Stevenhafen.

—A lo mejor se encuentran ustedes su pareja de negros vestidos de blanco debajo de la cama —dijo Sonja.

—Sería divertido —asintió Marlene—. Pero no creo. Lo que sí creo es que aunque Hans y yo no nos hayamos dado cuenta también nos han estado siguiendo, como a ustedes. Y francamente, me gustaría saber por qué.

—Oh, no desespere —deslizó perversamente Sonja—: ¡seguro

que terminará por saberlo!

—Seguro —sonrió Marlene—. Bien, buenas noches a todos. Ah, señor Morris, ¿puedo hacer algo por usted?

—Desde luego —la miró éste mosqueado—, si sabe cómo aliviar chichones del tamaño de huevos de gallina.

—Estoy acostumbrada a manejar huevos de gallina. Si viene a mi habitación seguramente encontraré algo para aliviarle de verdad.

Hans Stevenhafen estaba riendo como un niño divertidísimo. Rudolf miraba irónicamente a su esposa, que parecía a punto de arañar a Marlene. Por su parte, Alan Morris seguía mirando con fijeza a la bella alemana. Desvió un instante los ojos hacia Sonja, y enseguida se puso en pie, retirando la toalla de su cabeza.

—¿Algo mejor que una toalla empapada en agua fría? —preguntó.

—Por supuesto.

—¿De veras? Está bien, vamos allá… si el profesor Stevenhafen no tiene celos.

Stevenhafen continuó riendo, y se dirigió con ellos hacia la puerta. Al salir de la *suite* de los Schliemann el botánico susurró:

—Me parece que no soy yo precisamente quien tiene celos, Alan. Vaya con cuidado o alguien le arañará su cara de aventurero guapetón. Y no digamos a Marlene. Buenas noches. Ah, Alan, ¿a qué hora hemos de levantarnos?

—Con ponernos en marcha a las ocho hay tiempo de hacerlo todo con tranquilidad. Buenas noches, profesor.

Éste guiñó un ojo a Marlene, y dijo:

—*Auf wiedersehen*.

Los dejó solos en el pasillo. Marlene tenía su habitación un piso más arriba, y ambos subieron por la solitaria escalinata. Segundos más tarde, Marlene cerraba detrás de ambos la puerta de su habitación, y señalaba una butaquita cerca de la cama.

—Siéntese ahí, señor Morris. Le atiendo enseguida.

Entró en el cuarto de baño y salió con un maletín de viaje, del cual, tras colocarlo abierto encima de la cama, sacó un estuche que contenía compresas de hilo y una botellita con un líquido que parecía perfume. Humedeció con éste una de las compresas, y comenzó a frotar suavemente el lugar donde, en efecto, un

tremendo chichón se había formado en la cabeza de Alan Morris. La fricción duró apenas diez segundos. Luego, Marlene guardó la botellita, y fue a tirar la compresa al cuarto de baño. Alan oyó el rumor del agua de la cisterna del inodoro.

Mientras tanto estaba mirando el contenido del maletín, como absorto. Había allí de todo cuanto una mujer pudiera necesitar… Oyó salir del aseo a la alemana, la miró y señaló el maletín con la barbilla.

—Va usted bien provista de todo, según parece.

—Así es. Me paso la mayor parte de la vida viajando, y he aprendido a hacerlo prevenida. ¿Cómo se siente?

—Pues… igual.

—Dentro de unos minutos se sentirá mucho mejor. Dígame una cosa, señor Morris: ¿había matado antes de lo ocurrido en Leipzig?

—Tal vez. ¿Realmente le interesa?

—Me gusta saber qué clase de gente me rodea.

—He tenido algún que otro tropiezo antes de lo de Leipzig —murmuró Alan, mirando con suma atención a Marlene—, ¿y usted?

—¿Yo? ¡Huy, cielos, ya lo creo que he tenido tropiezos! Recuerdo que una vez…

—Lo que le he preguntado, y usted lo sabe perfectamente, es si ha matado a alguien.

—Nunca. Pero voy preparada para hacerlo si es necesario. Precisamente a raíz de lo que me ocurrió en cierta ocasión en El Cairo, lo cual me disponía a contarle… Pero será mejor que lo dejemos para ocasión más propicia.

—¿Entiendo que debo retirarme a mi habitación?

—Ya no tiene nada que hacer aquí. Espero que no haya pensado en la posibilidad de que yo lleve mi amabilidad más allá de curarle un chichón. Eso, sin contar con que, en ese sentido, usted parece estar ya abastecido.

Alan se quedó mirándola siempre con suma atención, fruncido el ceño. Se llevó la mano a la cabeza, palpó cuidadosamente y patentizó su asombro con gesto harto expresivo.

—Pues es cierto, ahora no me duele… ¿Cómo lo ha conseguido?

—Soy un poco bruja, y en mis ratos libres me dedico a preparar pócimas y filtros.

—¿Incluidos filtros de amor? —sonrió por fin Alan.

—¡Naturalmente!

Él se puso en pie, se acercó a ella, la abrazó por la cintura y la atrajo. Cuando la besó en la boca Marlene no se movió. No hizo absolutamente nada. Alan captó esta inacción, la apartó y murmuró:

—Tal vez tendría que ingerir usted sus propios filtros de amor.

—No los necesito: ya estoy enamorada.

—¿De otro hombre?

—Por supuesto.

El norteamericano sonrió, y dijo:

—Mentira.

La volvió a besar en la boca, esta vez más brevemente, y acto seguido abandonó la habitación de Marlene Bauer. Segundos más tarde entraba en la suya. Cerró, fue al cuarto de baño y se miró al espejo. No presentaba mal aspecto, considerando lo ocurrido. Se tocó de nuevo la cabeza, en verdad sorprendido por los milagrosos efectos del líquido de Marlene.

«No sé si es una bruja —reflexionó Alan—, pero sí sé que es una mujer poco corriente en todos los aspectos. Digamos que sería la… compañera ideal para un sujeto como yo».

Aquella noche, Alan Morris tuvo una sucesión de sueños a cuál más erótico, y todos ellos referidos precisamente a Marlene Bauer. Incluso dormido comprendió que Sonja Schliemann acababa de pasar a un remotísimo segundo plano en los intereses y pasiones de su vida.

Volaron sobre el golfo de Guinea, vieron la gran extensión de color marrón que las aguas del Níger o Zaire formaban en su desembocadura, en el gran delta, y luego se extendió ante ellos el azul grisáceo del mar. La avioneta de alquiler la tripulaba un europeo llamado Guido, por supuesto italiano, un tipo hermético de mirada irónica y maliciosa, de unos cincuenta años pero que, indudablemente, no había perdido el gusto por las mujeres, pues aunque sólo fuese visualmente disfrutó de la presencia de Sonja y Marlene a lo grande… hasta que despegaron. A partir de ese momento, naturalmente, Guido se ocupó de los mandos y de nada más.

Los setecientos y pico kilómetros fueron salvados en algo menos de cuatro horas. Sin haber avistado la isla de Príncipe, que quedó al oeste de su ruta de vuelo, avistaron la isla de Santo Tomé poco

antes de la una del mediodía: una hermosa mancha de color marrón y verde, y rodeada de blanquísima espuma, de franjas más anchas en las blancas playas, que pudieron ver gracias a la amabilidad de Guido, que dio una veloz vuelta por la isla. Desde lo alto, la isla era tan hermosa que Marlene Bauer permaneció silenciosa, ajena a los comentarios de los demás. Pudo ver las grandes extensiones de los cacaotales, la zona del bosque que se iba espesando a medida que el terreno iba siendo más alto hacia el centro de la isla, y luego, las montañas.

Oyó los comentarios de Alan Morris sobre las montañas más importantes y fácilmente visibles: Lagoa Amelia, Monte Calvario, y, sobre todo, el Pico de Sáo Tomé, con sus dos mil veinticuatro metros de altura. Alrededor de estas agrupaciones montañosas se veían las cintas plateadas de los riachuelos que desde ellas descendían hasta el mar; riachuelos que los nativos llamaban aguas, con indiscutible lógica. Eran numerosos, y llegaban a todas las playas. En éstas, separadas, relucían de cuando en cuando las edificaciones de las localidades de la isla, en la parte norte de la cual estaba Santo Tomé, es decir, Sao Tomé, como decidieron los portugueses que se llamara el lugar.

Era un lugar hermoso visto desde el cielo. Pero Marlene Bauer sabía que en cuanto tocase tierra el encanto se rompería. Allá, en tierra, la belleza de la isla se vería deteriorada por las manipulaciones del hombre…

Veinte minutos más tarde la avioneta se hallaba detenida en la zona de pista asignada por la torre de control en el aeropuerto internacional de Santo Tomé, y un vetustísimo Land Rover rodaba hacia ella, conducido por un hombre de raza que a muchos podría parecerle indefinible. Para los habitantes de la isla estaba muy claro: era un *crioulo*, un mestizo. Un mestizo de más de metro ochenta, rostro ancho y simpático, y unas proporciones atléticas realmente impresionantes.

Sonja Schliemann se quedó estupefacta cuando, tras descender de la avioneta, lo vio, de pie sobre el asiento del Land Rover, mirándolos sonriente. No consiguió reaccionar hasta que junto a su oído sonó la voz queda de Marlene Bauer:

—¡Qué hombre!, ¿verdad? Supongo que debe ser Amador.

—No, no es Amador —susurró Sonja—. Conocí a Amador en el

otro viaje. Es más feo y por lo menos tiene el doble de edad.

—Entonces, tal vez sea su hijo.

—¿Eh?

—Su hijo, o algo así —sonrió Marlene.

Alan Morris, que también se había quedado mirando al imponente mestizo, se acercó a conversar con él, llegaron rápidamente a un acuerdo, y el mestizo saltó del vehículo y se metió en la avioneta. Alan Morris explicó a los expedicionarios:

—Es el hijo de Amador. El padre no ha podido venir porque está celebrando su luna de miel.

—¿Su qué? —exclamó Sonja.

—Su luna de miel —rió Alan—. Se casó hace dos días, y como no quiso perder el negocio de acompañamos, lo delegó en su hijo, mientras él sigue gozando de su nueva esposa. Al parecer, la muchacha tiene dieciséis años.

—Habrá que felicitar a Amador —rió Marlene—. ¿Cómo se llama el hijo?

—Adivínelo.

—¿Amador?

—Exacto. No tienen mucha imaginación, pero al menos respetan la memoria del africano que se nombró rey de la isla a sí mismo y quiso liberarla de los blancos. Fracasó, pero no ha sido olvidado. ¿Saben qué es lo primero que Amador hijo se ha apresurado a recordarme? Que su apellido es Silveira, y que alguna vez tuvo sangre portuguesa en las venas. ¿No es chocante?

—¿Por qué? —se sorprendió Marlene—. Su sangre está ahí, y no puede prescindir de ella, ¿no es cierto? Entonces, más le vale sentirse orgulloso de ella. Por otra parte, señor Morris, no todos pueden presumir de tener sangre portuguesa en las venas.

—¡Vaya una cosa! —exclamó Sonja—. ¿Por qué habrían de presumir de eso? ¡Si fuésemos a presumir, imagínese nosotros, que somos alemanes…!

—Sí —sonrió Marlene—, pero mientras Alemania dormitaba en el viejo continente los portugueses recorrían el mundo entero repartiendo sus vidas y su sangre. Portugal todavía tiene, por ejemplo, Macao. ¿Qué tiene Alemania?

Sonja se había quedado con la boca abierta. Stevenhafen y Schliemann, poco menos. Guido, que no había entendido bien la

conversación en alemán, esperaba. Alan Morris terminó por sonreír.

—Caracoles —dijo festivamente—. Bueno, le diré a Amador lo mucho que usted los aprecia, y quizás así nos hagan una rebaja. Bueno, Guido, será mejor que usted y yo ayudemos al muchacho con los bártulos de índole personal, para que nos lleve a la casa. Luego él volverá a por el resto del equipo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Oiga, Morris, entiendo que piensan ir ustedes hacia el interior y lo alto de la isla.

—Así es.

—Bueno, creo que me aburriré si me quedo aquí esperándoles. ¿Hay inconveniente en que les acompañe? Quizá incluso podría serles útil.

—Lo pensaremos. Ahora ayudemos a Amador. Cuanto antes lleguemos a la casa antes almorzaremos.

—Deberíamos haberlo hecho en el avión —dijo Marlene—. ¡Yo estoy muerta de hambre!

—Pues para estar muerta, habla demasiado —dijo Sonja.

—Es que estoy muerta, pero no enterrada —replicó Marlene.

Guido, que sí entendió esto perfectamente, lanzó una carcajada, se turbó cuando Sonja le dirigió una fulminante mirada, y se apresuró a acompañar al sonriente Alan para ayudar ambos al atlético *crioulo*.

Capítulo V

HACIA las cinco de la tarde, Guido y Amador regresaron del aeropuerto, portando en el Land Rover el resto del equipo, compuesto por instrumental de laboratorio, pues Stevenhafen se había empeñado en proceder a la última preparación de la fórmula partiendo de la *Salutiferae Stevenhafen* que pensaban recoger en la isla.

La casa que Amador había alquilado para los expedicionarios se hallaba sita, en efecto, en la avenida de Ana Chaves; era amplia, fresca, rodeada de amplísima veranda y rodeada de hermosos matorrales y flores. Muy cerca, una doble fila de palmeras oscilaban al suave viento que llegaba del mar, que enviaba también alargadas crestas de espuma hacia la blanca playa de la bahía. Todo era allí tan fresco, tan grande, tan amplio, tan lujuriante, que Marlene Bauer habría preferido dormitar en una extensible colocada en la veranda a la sombra que encerrarse en uno de los dormitorios.

No obstante lo cual, pese al calor, se quedó dormida durante unos minutos. Cuando despertó permaneció allí, mirando el mar, las palmeras, el cielo… hasta que apareció el Land Rover. El vehículo se detuvo ante la puerta de la casa, a unos ocho o diez metros del lugar que Marlene ocupaba en la veranda. Alan Morris apareció, acudiendo al encuentro del italiano y el *crioulo*.

—¿No habéis roto nada? —Gruñó—. En esos paquetes hay cosas muy delicadas.

Marlene se desentendió del asunto, ignorando incluso la mirada que le dirigió Alan Morris, al que, indudablemente, la siesta había puesto de mal humor. El norteamericano ayudó a Guido y Amador a entrarlo todo en la casa. Terminada esta labor, Guido y Amador se fueron de nuevo en el Land Rover. Sonja salió de la casa y fue a sentarse junto a Marlene en otra mecedora. Dentro de la casa se oían las voces de Schliemann y Stevenhafen. Al poco salió Alan, que

se reunió con las mujeres, acercó otra extensible, se sentó y encendió un cigarrillo, perdida la hosca mirada en el horizonte marino.

—¿Ocurre algo? —preguntó Marlene.

—Hemos enviado a Guido y Amador a terminar de prepararlo todo para la acampada. Finalmente, hemos decidido que Guido nos acompañe. Siempre será mejor eso que dejarlo en Santo Tomé y que se dedicase a emborracharse por aburrimiento.

—De manera que haremos una acampada —dijo Sonja.

—Sí. Bueno, iremos en dos Land Rover desde aquí a Nova Moca, que está ya en tierras altas cruzando por los cacaotales. Luego seguiremos a pie montañas arriba, y acamparemos la primera noche seguramente en el nacimiento del Agua Abade. Tal vez desde allí mismo podamos empezar ya a buscar la *Salutiferae*. Esa maldita planta no es precisamente fácil de encontrar. Y me pregunto por qué demonios crece solamente en esta isla.

—Eso podría explicárselo Hans o el profesor Schliemann, ¿no? —dijo Marlene.

—Ni ellos mismos lo saben. Al parecer es una peculiaridad isleña debida a la abundancia y la calidad del cacao. No entiendo muy bien estas cosas. Creo que la *Salutiferae Stevenhafen* es algo así como una mezcla de la planta del cacao y una hierba silvestre propia de estos suelos. ¿No le parece curioso?

—Desde luego. Pero la Naturaleza tiene cosas… curiosas, si queremos definirlas así. Me pregunto si se puede encontrar la *Salutiferae Stevenhafen* en cantidad suficiente para proceder a su elaboración a nivel industrial, es decir, en grandes cantidades.

—El profesor Stevenhafen parece tener resuelto ese problema.

—¿Sí? —saltó sorprendida Sonja—. ¿Cómo?

—No olvidemos que es botánico esencialmente —dijo Alan—. Cabe suponer que tiene ya resuelto el modo de aumentar la producción de esa planta en la isla… siempre y cuando disponga de suficiente espacio, claro.

—No creo que los isleños quemen sus cacaotales para plantar la *Salutiferae* —dijo Sonja—. Y si necesita terreno, ¿qué otra cosa se podría hacer?

—Eso es cosa de tu marido y del profesor Stevenhafen —encogió los hombros Alan.

—¿Y qué es cosa de usted? —murmuró Marlene—. ¿Qué es lo que le preocupa? Porque está ocurriendo algo que le preocupa, ¿no es cierto?

—Es usted muy observadora —gruñó Alan.

—¿Qué es lo que pasa? —Se inquietó Sonja.

—Espero que nada, pero ese maldito Guido me ha puesto nervioso con sus cosas. Claro que él lleva mucho tiempo en Nigeria y seguramente se equivoca, pero… Además, no veo qué tendría que ver eso con nosotros.

—¿A qué se refiere? —preguntó Marlene.

—Guido dice que cuando fueron a recoger el equipo al aeropuerto vio allí a Niyo Peako.

—Y ahora nosotras debemos preguntar: ¿quién es Niyo Peako? —sonrió Marlene.

—Es un nigeriano muy conocido en toda África: es un mercenario que ha intervenido en todas las suciedades africanas. Se dice que no ha habido canallada africana en la que de un modo u otro no haya intervenido Peako. ¡Maldita sea, es un criminal en toda regla!

—¿Y cómo ha sido admitido en un lugar como éste? —preguntó Marlene.

—Debe haber llegado con otro nombre y utilizando cualquier subterfugio. Es por eso que Guido no está completamente seguro de que el negro barbudo que ha visto sea Niyo Peako, pero dice que lo juraría. Y asegura que si Niyo Peako está en Santo Tomé algo malo va a ocurrir en Santo Tomé. Y como la única novedad actual en la isla somos nosotros he pensado que quizá ese criminal nos haya seguido… y que fueron sus hombres los que nos estaban vigilando en Lagos.

—¡Me estás asustando! —exclamó Sonja—. ¡Y me están entrando tentaciones de marcharme de la isla, Alan!

—Tal vez sería una buena idea —asintió el americano—. Sí, sería una buena idea que tú y Marlene regresarais a Lagos, e incluso que no os quedaseis allá, sino que nos esperaseis en otro lugar.

—Yo no pienso marcharme —dijo plácidamente Marlene.

—¡Pues yo creo que Alan tiene razón! —dijo Sonja, visiblemente preocupada—. ¡Aquí no estamos haciendo nada, y a mí no me gustaría… estar aquí si ese negro criminal hace una de las suyas!

¡Deberíamos marcharnos cuanto antes, Marlene!

—Ya he dicho que no pienso marcharme —dijo Marlene—. Eso es todo. Si lo desea puede marcharse usted, naturalmente.

—Pero… yo sola… Bueno, Alan, en realidad tú… tú tampoco haces nada aquí, así que podrías… venirte conmigo. ¡Sólo se trata de ir a recoger plantas a una montañita! Pueden hacerlo solos perfectamente ese par de carcamales. Además, si se queda Guido y está Amador…

—Se queda Guido, está Amador, que contratará a algunos amigos de él para que nos lleven el equipo mientras vamos de una montaña a otra… y estaré yo. No pienso dejar solos a esos dos ingenuos.

—¿Les ha tomado cariño? —sonrió Marlene.

—Me caen bien. Y no se lo tome a guasa, ¿quiere? Mire, he viajado mucho, he conocido muchas personas de toda clase, pero nunca dos sujetos como esos profesores, dos sujetos desprovistos de maldad, tan ingenuos, tan manejables… No voy a dejarlos solos.

—¡Pues yo quiero marcharme! —protestó Sonja.

—Puedo llevarte al aeropuerto a primera hora de la mañana —dijo Alan.

—¡Y tú te vendrás conmigo!

—No —rechazó el americano.

—Si mi presencia les molesta para llevar adecuadamente una discusión, puedo retirarme —dijo Marlene—. Pero si puedo quedarme aquí, por favor, no griten.

—¡Estúpida! —jadeó Sonja.

Se puso en pie y entró precipitadamente en la casa, dejando tras ella como un vendaval de furia. Marlene encendió un cigarrillo y dijo, siempre calmosamente:

—Evidentemente, su amiguita no quiere dejarlo solo, señor Morris. Se diría que teme que se enamore de mí.

—Eso ya ha sucedido —murmuró Alan Morris.

Marlene se quedó mirándole fijamente durante varios segundos. Luego, con un gracioso gesto de la cabeza que hizo agitar su hermosa cabellera negra, regresó la mirada al mar y se quedó contemplándolo, en silencio, fumando apaciblemente.

—¿No tienes nada que decir? —Gruñó Alan.

—Que lo siento por ti.

—No es cierto que ames a otro hombre.

—¿Por qué no?

—Tengo treinta y dos años, y me he pasado casi la mitad de mi vida dando tumbos por este asqueroso mundo sin encontrar nada que valiera la pena. Ahora que lo he encontrado no puedo creer que mi mala suerte sea tanta que ya pertenezca a otro.

—¡Hay muchas personas que tienen mala suerte! —rió Marlene.

—Lo sé, pero… ¿tanta?

—Hace mucho calor —volvió a reír ella—. ¡Me parece que voy a nadar un poco en esa hermosísima playa!

Desde un promontorio relativamente cercano a la casa alquilada por Amador Silveira, un hombre de raza negra miraba en aquella dirección utilizando unos potentes prismáticos. Junto a él había dos hombres más, también de raza negra e igualmente malencarados, pero el de los prismáticos se había olvidado de ellos. Se había olvidado de todo y de todos desde el primer instante en que vio a la muchacha morena llegar a la playa, quitarse el albornoz de baño, y quedar en bikini; un bikini azul, tan reducido que era como contemplar desnuda a la muchacha.

Detrás de ésta, al poco, llegó el hombre. El hombre que él sabía que era americano y se llamaba Alan Morris. Le vio llegar, conversar con la muchacha, y acto seguido, mientras ella corría hacia el agua, él procedió a desprenderse del albornoz, quedando en *slip*, tras lo cual siguió a la muchacha al agua.

Así que el negro de los prismáticos pudo ver de nuevo a la muchacha del bikini azul. Y mientras contemplaba aquel espléndido cuerpo ahora reluciente de agua que parecía enrojecer al sol de la tarde, se pasó la lengua por los gruesos labios; una lengua grande y roja, que parecía un espeluznante reptil.

Por fin, bajó los prismáticos, y volvió la cabeza hacia los dos hombres que esperaban.

—Está bien —gruñó—: ¿qué queréis?

—Ha llegado el hombre de la Worldpharma Limited. Lo hemos traído hasta aquí en el coche desde el aeropuerto. Te está esperando, Niyo.

Terminando de hablar, el negro movió la cabeza hacia atrás. Niyo Peako, ahora sin barba ni subterfugio alguno, miró en aquella dirección y vio el coche detenido a unos sesenta metros, junto a un

grupo de palmeras que formaban parte de un jardincito en la avenida. Asintió, echó un último vistazo con los prismáticos, y se irguió.

—Mucho cuidado con la mujer de los cabellos negros —murmuró—: ésa es para mí, así que nadie deberá lastimarla en absoluto.

—Será tenido en cuenta.

Se dirigieron los tres hacia el coche. Niyo Peako era de mediana estatura, robusto, de manos grandes y cuello de toro. Su pelo era cortísimo y muy rizado, parecía de alambre. Sus labios eran gruesos, su nariz abultada, su frente estrecha… pero eran sus ojos, pequeños y vivos como los de un viejo chimpancé, los que le daban aquel aire siniestro. Mirando aquellos ojos una persona normal podía sentir el estremecimiento del miedo.

Dentro del coche, en el asiento de atrás, esperaba un hombre de raza blanca.

Niyo Peako se sentó junto a él, mientras J sus dos amigos ocupaban los asientos delanteros del coche. Se observaron ambos con curiosidad. El hombre de raza blanca era alto, esbelto, de piel pecosa y muy bronceada. Tanto sus facciones, como sus grandes ojos azules ofrecían un tremendo contraste con el siniestro Peako.

—Soy Franz Warhol —se presentó el blanco—, de la W.P.H. He sido destacado para colaborar con usted en la marcha del asunto, Peako.

—¿Quiere decir que viene a darme órdenes?

Franz Warhol sonrió amablemente, conservando su actitud de persona infinitamente superior pero que no quería decirlo ni demostrarlo.

—Estamos seguros de que usted ya entendió las indicaciones de mi compañero que le contrató en Nigeria —dijo Warhol—, y de que cumplirá su contrato a la perfección. Sin embargo, nos pareció que no habría inconveniente en destacar aquí una especie de supervisor, que además pudiera atender cualquier emergencia o suceso inesperado. Mientras no ocurra nada de esto será como si yo no estuviera aquí.

—De acuerdo. Usted no es inglés.

—¿Y eso qué importa? —se sorprendió Franz Warhol—. ¿Acaso no hablo bien ese idioma, no me entiende usted?

—Desde luego que sí. Pero el hombre que me contrató era británico, y pensé que la Worldpharma también lo era.

—Ya. Bueno, la W.P.H. es una sociedad multinacional que emplea personal de toda clase en todo el mundo. Usted mismo, por ejemplo.

—Tiene razón —sonrió Peako, mostrando sus grandes dientes amarillentos—. Bien, tenemos a la gente de la expedición totalmente controlada, tal como se nos encargó. ¿Qué hemos de hacer exactamente con ellos? ¿Matarlos?

—No tan deprisa. Eso será por añadidura, pero en el momento en que a nosotros nos convenga. Primero hemos de dejar que esos dos profesores hagan determinada cosa. Yo le avisaré respecto a las acciones referidas a los de la expedición. Lo otro es más importante. ¿Cuántos hombres ha reunido usted?

—Unos cincuenta.

—Son pocos. Necesitará muchos más… Doscientos más.

—¿Doscientos cincuenta hombres? —Se pasmó Peako—. ¿Qué hemos de hacer, apoderarnos de la isla? Yo creía que sólo se trataba de acordonar la zona donde esos científicos estuvieran trabajando, para impedir que nadie se acercase a ellos, eliminando a quien lo intentara.

—Escuche, Peako, ¿cree que la W.P.H. contrataría a un hombre como usted para una cosa tan sencilla?

—De modo que hay algo más… Ya me extrañaba el encargo, pero como pagaban ustedes muy bien y últimamente no había encontrado nada bueno… ¿Qué es lo que realmente espera su empresa de mí?

—Que reúna doscientos cincuenta hombres bien armados y que maten a todos los habitantes de esta isla.

Los dos negros que tenían delante volvieron la cabeza y como su jefe Niyo Peako, se quedaron mirando fijamente a Franz Warhol. La tarde era espléndida, todavía no habían llegado las lluvias, y el sol, rojo y nítido, daba a todo un colorido de vida intensa.

—¿A todos? —susurró por fin Peako—. Tal vez haya unas cuarenta mil personas en esta isla, señor Warhol.

—Lo sé. A todos.

—¿Incluidos los niños? —preguntó uno de los otros negros.

—Si ustedes entienden bien el inglés, y sí lo entienden porque

son nigerianos, sabrán lo que quiere decir TODOS, ¿verdad? —dijo Warhol.

—Lo que usted exige ahora, señor Warhol —murmuró Peako—, ni siquiera me fue sugerido por su colega de la Worldpharma. Yo creía que todo podía acarrear una cierta violencia, desde luego, pero ni mucho menos se me ocurrió que pudiera tratarse de una masacre.

—¿No se atreven con eso?

—Yo me atrevo con todo —dijo casi agresivamente Niyo Peako —, pero no creo encontrar doscientos cincuenta hombres capaces de hacer una cosa así en este lugar y sin motivaciones de ninguna clase.

—¿Le parece poca motivación el dinero?

—Mire, yo tengo cincuenta hombres con los que puedo afrontar *casi* cualquier cosa. La mayoría de ellos, si tuviéramos que realizar una maniobra de características militares atacando un poblado o una ciudad, lo haría, cayera quien cayera. Pero ponerse a matar cuarenta mil personas como quien mata cerdos no es tan fácil. Desde luego que necesitaré más hombres, pero es que, además, tendrán que ser sujetos muy especiales… En el supuesto de que llegáramos a encontrar doscientos cincuenta criminales de esa talla haría falta mucho tiempo para reunirlos. Entiéndalo: una cosa son los mercenarios, más o menos crueles o bestias, y otra es reunir doscientas cincuenta fieras como las que usted pide.

—Usted reúna esos doscientos cincuenta hombres, sean como sean. Yo haré el resto.

—No comprendo. ¿Qué es lo que hará usted?

—Les convenceré de que deben matar a todas las personas de esta isla, quemarlo todo, destruirlo todo.

—Si me da suficiente tiempo puedo reunir gente que no necesitará ser convencida para hacer cualquier cosa por dinero.

—No tenemos tiempo. Ni hace falta. ¿Puede reunir doscientos cincuenta hombres corrientes en… cuatro o cinco días?

—Hombres corrientes dentro de esta clase de actividades, si.

—Pues reúnalos. Y que permanezcan a la espera de la orden. Volveremos a vernos dentro de cinco días, Peako.

—Está bien. ¿Adónde quiere que le llevemos?

—Voy a apearme aquí, y me las arreglaré —sonrió

enigmáticamente Warhol—. Hasta dentro de cinco días.

Y efectivamente, Franz Warhol se apeó y se alejó, sin más. Peako y sus dos amigos le estuvieron mirando unos segundos. Por fin, Peako murmuró:

—Yo voy a quedarme con nuestros hombres que ya están en la isla. Vosotros regresad a Nigeria y reclutad doscientos más, que vayan viniendo por separado y por diversos procedimientos. Pero no les digáis de qué se trata, ¿entendido?

Los dos negros asintieron, Niyo hizo a su vez un gesto afirmativo y se apeó, regresando a su observatorio, mientras el coche emprendía el regreso al aeropuerto.

La muchacha de los cabellos negros seguía nadando. El hombre estaba con ella. Los dos reían. Niyo Peako frunció el ceño: desde luego, el señor Morris sería una de las personas que iban a morir muy pronto en aquella isla.

Una de las cuarenta mil.

El sol hacía que la carne de la muchacha pareciera de fuego.

—¿Y qué dirá Sonja cuando le digas que quieres casarte conmigo? —rió de nuevo Marlene Bauer.

—¿Qué puede decir? —Alzó las cejas Alan—. Ella tiene a su marido, ¿no? Pues que siga con él, es muy simple.

—¿Muy simple? Veamos, Alan: ¿te has estado acostando con Sonja, sí o no?

—Desde luego que sí —refunfuñó Alan.

—¿Y crees que ella prescindirá tan sencillamente de ti?

—Ya encontrará otro. A decir verdad me ha parecido que miraba con mucho interés a Amador. Yo podría encauzar las cosas de modo que los dos se hicieran… muy amigos.

—Dios mío, ¡eso es cinismo puro! —exclamó Marlene.

—Eso es amor… por ti —dijo Alan, abrazándola por la cintura.

Estaban los dos todavía en el mar. Marlene se quedó mirando especulativamente los ojos del aventurero americano. Él intentó besarla de nuevo, pero ella puso ambas manos entre ambos cuerpos, impidiéndole el acercamiento.

—No me gusta servir de espectáculo a nadie —susurró—. Y menos a mirones que utilizan prismáticos.

Lo empujó un poco más, y cuando él no tuvo más remedio que soltarla, se zambulló, desapareciendo de la vista de Alan Morris, el

cual, irritado, dirigió la mirada hacia donde hacía unos minutos él también había visto el reflejo de luz en los cristales de unos prismáticos. Ni se le ocurrió que estuvieran mirándolos a él y a Marlene; seguramente, ésta se equivocaba…

Pero por si se trataba de un fisgón de enamorados, Alan Morris le hizo un enérgico corte de mangas.

Capítulo VI

—PUES yo no le veo la gracia —refunfuñó Stevenhafen aquella noche, durante la cena—: si de verdad os estaban mirando a vosotros está claro que deben ser la misma gente de Lagos. Es decir, que nos han seguido hasta aquí.

—Eso no puede ser —dijo.

—¿Por qué no? —Lo miró con curiosidad Marlene.

—Bueno… Ya me parece demasiada casualidad que alguien diera con nosotros en Nigeria y se dedicara a vigilarnos, pero ¿cómo podían saber que desde Lagos veníamos nada menos que a Santo Tomé? No utilizamos un vuelo regular, podíamos haber ido con la avioneta alquilada a cualquier parte…

—Pero podían enterarse en el aeropuerto de Lagos preguntando la ruta de la avioneta, ¿no? —saltó Sonja—. O quizá preguntando entre los amigos de Guido… ¿No podría ser eso?

—Yo no me dedico a chismorrear sobre los viajes de mis clientes —dijo Guido.

—Bueno, debe haber muchos modos de controlar a un grupo como el nuestro —dijo Alan—. Y en cualquier caso, si todo lo que hacen es vigilarnos, la cosa no es inquietante.

—Hasta que partamos hacia las montañas en busca de la *Salutiferae* —dijo Hans Stevenhafen—. No quisiera que nos siguieran allá y llegaran a saber cuál es esa planta. Rudolf y yo tuvimos la precaución de destruir la fórmula escrita, así que nadie nos la puede quitar, como estuvo a punto de hacer Uddo; es decir, aquellos dos tipos. Y si además no saben cuál es la planta, mejor.

—Es de suponer que su memoria para las fórmulas es buena, profesor —rió Marlene—. ¡Si fuese como la mía todo sería un desastre!

—No hay cuidado al respecto, querida —sonrió Stevenhafen—. Ahora lo que quiero dejar bien claro es que mientras nos sintamos

vigilados no iremos a las montañas en busca de la *Salutiferae Stevenhafen*. Alan, ¿podría encargarse de vigilar alrededor de la casa de modo que estemos seguros de si nos vigilan a nosotros o ha sido una casualidad?

—De acuerdo, profesor. Amador, Guido y yo nos ocuparemos de eso. Y descuide usted, que si alguien nos está espiando nos enteraremos enseguida. ¿De qué te ríes tú? —Miró hoscamente a Marlene.

—No me río: sólo sonrío —aclaró ella.

—Me ha parecido ver una sonrisa de guasa en tu boca desdeñosa.

Marlene se echó a reír, se puso en pie, y se llevó con gracioso gesto una mano a la boca.

—Me van a perdonar todos ustedes, pero a pesar de la siesta tengo un sueño terrible, y además estoy cansada. Buenas noches a todos.

Hubo un murmullo de despedida y Marlene se retiró a su habitación. Desde la ventana se veía el mar, que parecía ahora de cobre. La luna parecía flotar sobre las aguas, al fondo. Era bellísima.

Marlene dejó abierta la ventana, pero con la persiana graduada de modo que no se la pudiera ver desde afuera. Se desnudó completamente, se sentó en el borde de la cama y encendió un cigarrillo. Estuvo fumándolo muy pensativa. Luego, simplemente, se tendió en la cama y se quedó dormida.

Despertó de pronto, y enseguida su cabeza se volvió hacia la puerta de la habitación. Ésta se hallaba abierta, y en el hueco destacaba la figura masculina como teñida de un lejano resplandor anaranjado. Marlene no se movió. Oyó los pasos acercándose al lecho. Por supuesto que había identificado a Alan Morris.

Entrecerrados los párpados, vio la silueta del aventurero inclinarse sobre ella. Sintió el contacto de una mano sobre uno de sus pechos.

—Marlene —oyó el susurro.

Simuló despertar, suspiró, parpadeó. Acto seguido se sentó de un salto en la cama.

—¡Alan! —exclamó—. ¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí?

—Vengo a darte una noticia: Sonja y Amador están haciendo el amor en la playa.

—¿Cómo lo sabes?

—Los he visto. Amador y yo salimos hace un rato a dar la última vuelta alrededor de la casa. Me extrañó no encontrarme con él en el sitio convenido, pero luego lo vi llegar de la playa. Me dijo que había visto salir a Sonja, y que la había seguido hasta allí. Sonia se estaba bañando desnuda… Amador se metió en el agua con ella, y al poco salieron juntos. Amador la tendió en la arena y quiso tenerla, pero ella dijo que le molestaba la arena… así que Amador vino a por una toalla. Fue cuando lo encontré, y me dijo lo que estaba pasando. Se reía. Me dijo que ya sabía que a mí no me importaba la señora rubia, sino la morena… Bueno, fui tras él un par de minutos más tarde, y los he visto haciendo el amor. ¡Esa Sonja es una…!

—¿Tienes celos de Amador?

—¡Claro que no!

—Lo contrario sería gracioso. Pero dime: ¿qué haces aquí? ¿Qué es lo que quieres?

—Tú ya lo sabes —murmuró Alan, tendiéndose junto a Marlene, abrazando su cuerpo tibio y prieto, de formas turgentes y elásticas.

—Pero ¿no querías casarte conmigo? —rió Marlene.

—Eso también, pero no podemos casarnos ahora, ¿verdad? Lo que sí podemos es hacer el amor.

—Podemos, pero yo no quiero. Cielos, no sé qué te has creído que eres tú y qué te has creído que soy yo, Alan. Te conozco liado con la mujer de otro, la empujas a los brazos de otro hombre, y te metes en mi cama. ¿Crees que las cosas son así de simples… y repugnantes? ¿Crees que con esto puedo creer que estés enamorado de mí, mejor dicho, que me ames? Pues lo siento, pero no. ¡Y por favor, deja de intentar hacer eso!

Alan Morris se quedó inmóvil de pronto. Estuvo así unos segundos. Desde la playa llegaba el suave rumor del mar. Dentro del dormitorio parecía haber algún fuego escondido que esparcía un incierto resplandor rojizo… Por fin, lentamente, Alan Morris deshizo el abrazo con Marlene, salió de la cama y abandonó el dormitorio, sin haber dicho una sola palabra más.

Cincuenta y seis horas más tarde, es decir, a las diez de la mañana del tercer día, la expedición se puso en marcha, con un suplemento de personal compuesto por media docena de simpáticos

filhos da térra, los nativos de amplia sonrisa y grandes ojos rientes. Éstos, con Amador, iban en un camión que portaba el material de laboratorio de campaña de Stevenhafen y Schliemann. En un Land Rover iban Marlene, Stevenhafen y Alan, éste al volante. En el otro Land Rover, Guido conducía y Sonja y Rudolf Schliemann iban atrás, con equipajes.

En todo aquel tiempo no habían visto a nadie que los molestara en lo más mínimo o que tan siquiera los espiara, de modo que habían decidido no perder más tiempo; se consideró que el fisgón de los prismáticos había sido un observador casual.

Antes de las once de la mañana pasaban ya junto a Trindade, hacia Nova Moca, montaña arriba. Habían pasado sobre *aguas* cristalinas, a cuyas orillas varias veces habían visto mujeres negras lavando ropa y riendo. Cruzaron por las zonas de cacaotales, y poquísimo cultivo de ñames, mangos y guayabas. Lo que abarcaba la vista era prácticamente todo cacaotales, las extensas *rocas* donde se cosechaba el oro verde. Los roceros los miraban pasar, inmóviles; había muchas mujeres y muchachitos trabajando en los campos.

—El cacao es prácticamente la única riqueza de la isla —dijo Alan—. No creo que les hiciera gracia perderlo.

—A menos —dijo Stevenhafen— que pudieran dedicar las tierras a cultivar algo más rentable. Por ejemplo, la *Salutiferae*. Cada temporada les resulta más dificultoso el cultivo del cacao, y llegaría el momento en que las tierras, empobrecidas, no responderían a las exigencias recibidas.

—¿Cree que aceptarían dedicarse al cultivo de la *Salutiferae*?

—Como una alternativa aunque fuese provisional mientras dejaban descansar la tierra actualmente cultivada. Y no tardarían en convencerse de las ventajas de dedicarse al nuevo cultivo… si es que Rudolf y yo conseguimos que la S.S. actual pudiera manipularse para su cultivo programado. ¡Ahí empezamos a ver las primeras heveas y helechos!

—Yo creía que eso eran eritrinas —dijo Marlene.

Stevenhafen se echó a reír y la muchacha sonrió. Estaban prácticamente en el centro de la isla. Llegaron poco después a Nova Moca, donde no se detuvieron, pues nada necesitaban que no hubieran adquirido ya en la capital, Sao Tomé.

Finalmente, poco después del mediodía, Alan detuvo su Land

Rover al observar por el retrovisor que el camión se iba quedando atrás en el camino de tierra. Se volvió a mirar a Stevenhafen, y movió la cabeza.

—Hasta aquí hemos llegado, profesor. Ahora tendremos que seguir a pie. Nosotros podríamos seguir unos cientos de metros más, pero el camión ya se ha detenido.

—Seguiremos todos a pie —asintió Stevenhafen.

—¡Ahí viene Amador corriendo! —señaló Alan—. A ver qué dice.

Saltó del Land Rover, y retrocedió para unirse con Amador, que comenzó a darle explicaciones señalando hacia las montañas. El espectáculo era increíblemente bello. El cielo tenía un azul nítido.

—Parece que todo fueron preocupaciones excesivas mías —murmuró Hans Stevenhafen—. Nada nos ha ocurrido, ni parece que nadie sienta interés por nosotros.

Marlene le miró, y no dijo nada. Al poco regresó Alan, y se metió en la parte de atrás del Land Rover, evitando mirar a Marlene.

—Amador y los muchachos van a cargar con el equipo hasta donde les indiquemos, profesor. Esta misma tarde podemos hacer la primera acampada. Pero no hace falta que carguemos ahora con todo, hace demasiado calor. Sugiero que almorcemos y descansemos hasta las cinco de la tarde, más o menos.

—De acuerdo. ¿Qué dices tú, Marlene?

—¿Yo? —Lo miró ella sorprendida—. Lo que usted diga, naturalmente. ¡Sólo soy su invitada!

—Creí que eras mi novia —sonrió el botánico cabezón.

—Para eso tendríamos que batirnos en duelo usted y yo —dijo Alan, intentando seguir la broma.

—No, señor —rechazó Hans—: yo la vi primero, así que es mía.

—Me ha parecido oír el rumor de un *agua* —rió Marlene—. ¡Creo que me daré un baño en esas aguas cristalinas! Espero que a nadie se le ocurra la desvergonzada idea de espiarme.

Marlene saltó del Land Rover y se dirigió hacia donde, en efecto, su fino oído había captado el rumor del agua. Encontró la diminuta cascada rodeada de helechos y arbustos de flores, se desnudó completamente, y se metió en el agua, deliciosamente fresca. Las voces de Amador y sus amigos le llegaban como muy remotas, como

procedentes de otro mundo. Luego oyó los motores de los dos Land Rover. De cuando en cuando oía la voz de Alan Morris o el vozarrón de Guido. Todo como extraños y feos sonidos comparados con el rumor de la pequeña cascada.

El agua estaba tan fresca que finalmente incluso la encontró fría, así que salió, y sólo entonces se dio cuenta de que no se había ocupado de procurarse una toalla.

«Bueno —pensó—, ¿qué mejor toalla que el sol?».

Se tendió sobre el suelo alfombrado de hojarasca muerta, y cerró los ojos. Ah, el sol… Estaba en el ecuador, a mediodía, tomando el sol. Todo era hermoso y tranquilo. Se preguntó qué hacía allí, si realmente valía la pena que ella…

De pronto, tuvo la casi tangible sensación de la mirada fija en ella y abriendo los ojos, se sentó de un salto. Su gesto fue tan veloz, tan inesperado, que, a menos de diez metros de ella, medio escondido entre la vegetación, Niyo Peako no pudo reaccionar. Sus siniestros ojos muy abiertos parecieron devorar con lúbricas miradas los pechos de Marlene todavía vibrando por el rápido gesto, el tenso vientre bronceado, el delicioso cuello, los hombros. Fue un vistazo como de avidez fotográfica, como si con aquella mirada el negro quisiera engullir la imagen de la mujer blanca.

—¿Quién es usted? —exclamó Marlene.

Niyo Peako dio media vuelta y desapareció entre la vegetación, en silencio. Marlene se puso en pie, se vistió rápidamente y regresó a reunirse con los demás. Por supuesto, se había fijado en los seis amigos de Amador, y sabía que el negro que había visto no era ninguno de ellos. Todos estaban ahora caminando montaña arriba con el equipo, incluido Amador. Alan regresaba de dejar bien colocados a la sombra el camión y los dos Land Rover. Guido iba con él, charlando, y cuando llegaron miraron a Marlene, que aparecía entonces visible para ellos y para Hans, Rudolf y Sonja, sentados a la sombra de un gran helecho.

—¿Cómo ha ido el baño? —se interesó Schliemann.

—Muy bien. ¡El agua está fresquísima!

—Pues aquí a la sombra tampoco se está nada mal —dijo Hans —. Aunque un baño en un sitio como éste tiene que ser algo maravilloso. ¡Quién tuviera su vitalidad, hijita!

—Yo misma —dijo Sonja—. Dentro de un rato iré a tomar un

baño.

—¿Sola? —La miró cándidamente Marlene.

—¿Qué quiere decir? —saltó Sonja.

Marlene movió la cabeza y se acercó a Alan, tomó de un brazo al americano y lo apartó de allí. Alan la miraba desconcertado.

—No tenemos armas, ¿verdad? —susurró Marlene.

—Hay un par de pistolas y un rifle que nos ha proporcionado Amador. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

En el momento en que Marlene iba a contestar comenzaron a aparecer hombres entre la vegetación. Hombres de raza negra, todos armados, cubiertas sus cabezas con grandes sombreros de paja o pañuelos. Llevaban pistolas, rifles, macutos cargados con granadas de mano, un par de morteros… Eso fue lo que pudieron ver de momento Alan y Marlene, que quedaron como clavados en el suelo.

Los demás tardaron todavía tres o cuatro segundos en darse cuenta de lo que sucedía, y para entonces estaban completamente rodeados de hombres armados, silenciosos, amenazadores. Sonja estaba demudada y paralizada por el miedo. Schliemann y Stevenhafen no conseguían reaccionar de ninguna manera.

Guido se puso en pie de un salto, y, casi enseguida, exclamó:

—¡Es Niyo Peako!

En el momento en que Marlene y Alan localizaban a Peako éste se adelantaba, extendía su brazo sosteniendo con firme mano la pistola, y, tras apuntar brevísimamente a Guido, disparó. El disparo retumbó como dentro de una cámara húmeda… como si hubiera sido efectuado dentro de un melón. Guido lanzó un aullido, se llevó las manos al vientre mientras saltaba hacia atrás, y cayó de espaldas. Pareció rebotar, quedó sentado, y se miró las manos llenas de sangre.

Luego miró a Niyo Peako y jadeó:

—Hijoputa del demonio…

¡Pack, pack!, disparó de nuevo Peako. Las dos balas dieron en la frente de Guido, reventaron con atroz espectacularidad su cabeza y lo derribaron de espaldas para siempre jamás, mientras las salpicaduras de sangre y masa encefálica relucían al sol esparciéndose tras el estallido de la cabeza. Por un instante estuvo en el aire el horrendo espectáculo brillante.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó secamente Peako.

Sonja se llevó las manos al rostro y se dejó caer de costado, encogida, como una niña aterrada.

—Dios bendito —suspiró Schliemann, fija la mirada en Guido.

—Sus hombres que han ido a la montaña arriba están prisioneros —dijo Niyo Peako—, y los vehículos están bajo vigilancia. Nos hemos apoderado de las armas, pero si alguno de ustedes tiene alguna más será mejor que lo diga ahora y la entregue. Si se la encontramos encima le cortaremos las manos. ¿Me han entendido?

Nadie se movió. Marlene miró de reojo a Alan, que estaba lívido de rabia. Adivinó sus pensamientos de reproche hacia sí mismo por no haber tenido las armas a mano en todo momento.

—Muy bien —dijo Niyo Peako, tras pasear su simiesca mirada alrededor—, si intentan engañarme lo lamentarán. Y ahora, vamos a ir todos montaña arriba, como si nada hubiera ocurrido, como si nada estuviera ocurriendo. Ustedes dos —señaló a Schliemann y Stevenhafen— se dedicarán a hacer lo que han venido a hacer aquí, eso es todo.

—No haremos nada de lo que usted nos… —empezó Schliemann.

—Será mejor que obedezcamos —reaccionó Alan, tomando del brazo a Marlene y acercándose ambos a los demás—. Vamos, profesor, déjese de fantasmadas: son ellos quienes mandan, es muy simple. Será mejor que ayude a su esposa a caminar, profesor.

—Maldita sea —jadeó Schliemann—, ¡unos cuantos micos no van a…!

—No son «unos cuantos micos» —le interrumpió irritado Alan—: son más de veinticinco hombres, todos armados, y lo único que nos han pedido es que sigamos nuestra ruta.

—¡Han asesinado a Guido!

Alan Morris se mordió los labios, Niyo Peako se adelantó hacia el profesor Schliemann, caminando con un leve balanceo. Sus pequeños ojos oscuros se clavaron en los de Rudolf.

—Si usted vuelve a decir una sola palabra —deslizó fríamente, en su muy aceptable inglés— le arrancaré la cabeza con mis manos. ¿O prefiere que abra en canal a su esposa?

Schliemann quedó mudo y lívido, mientras Sonja reaccionaba vivamente sentándose y mirando con expresión desorbitada a

Peako.

—A mí, no —jadeó—. ¡A mí no, yo soy Sonja Schliemann, soy…!

—Sé muy bien quiénes son todos ustedes —atajó Peako.

—¡Pero entonces…!

Niyo Peako se adelantó acercándose a Sonja y, tal como caminaba, le disparó el pie derecho hacia el vientre. Sonja saltó, todavía en posición de sentada, sin aliento ni para gritar su dolor, mientras su rostro se desencajaba y sus ojos parecían a punto de saltar de las órbitas. Volvió a caer de lado, y se quedó allá, transida de dolor, como una muñeca rota. Rudolf lanzó una entrecortada exclamación, dio un paso… y Alan Morris le agarró de un brazo y le hizo dar media vuelta.

—Subamos —señaló hacia arriba con la barbilla—. ¡Maldita sea, no compliquemos más las cosas!

—Será mejor que tú te ocupes de Sonja —dijo Marlene—. Yo cuidaré de que el prof…

—Todos hacia arriba —dijo con tono colérico Peako—. ¡Todos montaña arriba, menos las dos mujeres, que se van a quedar aquí! ¡Y si hay una sola objeción más a mis órdenes, les corto el cuello a las dos mujeres ahora mismo!

Alan Morris tuvo la sensación de que la cabeza le iba a estallar. Por un instante, cerró los ojos. Sabía que si intentaba cualquier cosa no sólo lo iban a matar como a un perro, sino que eran capaces de cortarles la cabeza a Sonja y a Marlene, desde luego. Y había a su alrededor más de veinte hombres.

Cuando comenzó a caminar montaña arriba, Alan Morris tuvo la sensación de que sus pies eran dos grandes barriles de plomo. Tras él, en silencio, dejando atrás el zumbido de moscas sobre el cadáver de Guido, caminaron los dos profesores como si de pronto fuesen, realmente, ancianos.

Más de la mitad de los hombres se fueron en pos de Alan y los dos científicos. El resto quedó abajo. Niyo Peako entregó la pistola a uno de sus hombres, se acercó a Sonja y procedió a desnudarla a tirones, desgarrando su ropa. Sonja reaccionaba de cuando en cuando jadeando su espanto, desorbitados los ojos.

Niyo Peako miró de pronto a Marlene y dijo, sonriendo:

—Tú mira bien, para que sepas cómo soy, qué es lo que me

gusta y qué es lo que querré de ti, cuando te lleve conmigo.

Se quitó los pantalones. Sus hombres rieron. Peako saltó sobre Sonja.

El alarido de la hermosa y rubia alemana pareció que fuese a hacer añicos el cristal del cielo.

Capítulo VII

MARLENE llegó arriba por su propio pie, tranquila e indemne, pero Sonja tuvo que ser transportada por dos de los hombres de Niyo Peako, que la tiraron, todavía desnuda y cubierta de arañazos y golpes, a los pies de Rudolf Schliemann, riendo. El profesor no se movió. Stevenhafen sí lo hizo, desplazándose casi arrodillado hacia Sonja. Los negros de Amador, y éste, permanecían apartados, vigilados por media docena de hombres. Los demás vigilaban a los blancos, y a éstos se unieron los recién llegados, mientras Niyo Peako, con aspecto satisfecho, sonriendo de modo repugnante, se dejaba caer en el suelo, sacaba un cigarro de hoja liada a mano, y se lo metía en la boca.

—Ha estado muy bien —dijo—. ¿Verdad, señorita Bauer? Espero que haya aprendido usted la lección, para esta noche, o mañana, o pasado mañana… ¿La ha aprendido?

—Sí.

Peako sonrió y se dedicó a encender el cigarro. Stevenhafen pidió una manta del equipo y envolvió con ella a Sonja, que al poco reaccionó y comenzó a temblar y a llorar mansamente. Rudolf Schliemann le acarició el rostro con mano temblorosa, murmurando palabras de consuelo en alemán. Alan miraba sombríamente el suelo, sintiendo el odio como torrentes de lava dentro de su pecho.

—¿Qué le han hecho? —susurró Stevenhafen, mirando a Marlene.

—Ese negro la ha violado cuatro veces, como una bestia.

—¿Lo ha visto usted? —jadeó Schliemann.

—Me obligaron a mirar. No me atreví a desobedecerles.

—Pero todo esto es horroroso —gimió Stevenhafen—. ¡Todo es horrible y terrible, esa fórmula está maldita, no quiero saber más de ella!

—No es la fórmula la culpable, sino la ambición y la maldad de

las personas, profesor. Y no sé por qué tengo la impresión de que Sonja está en el grupo de las ambiciosas.

—¿Qué quiere decir? —exclamó Schliemann.

—Creo que ella les ha traicionado a ustedes.

—¿Está loca?

—Quizá. Pero ¿usted no se fijó en cómo ella rechazó la idea de que le hicieran algún mal, no se fijó en cómo dijo quién era…? Era el tono y la actitud de quien está del lado de la persona a la que habla, en este caso ese horrible negro.

—Eso no puede ser cierto —casi sollozó Rudolf—. ¡No!

Niyo Peako se puso en pie, llamó a dos de sus hombres, estuvieron murmurando un minuto con las cabezas muy juntas y luego se alejaron los tres. Marlene se sentó un poco aparte, haciéndole una seña a Hans Stevenhafen, que fue a sentarse a su lado. Alan Morris los miró a ambos inexpresivamente, y luego a Schliemann, que ahora abrazaba protectoramente a su esposa envuelta en la manta. ¡Qué cosas tan curiosas tiene la vida…!

Pero no tenía tiempo para dejarse fascinar por esas cosas. La idea clara que tenía Alan Morris era que toda la expedición dependía de él. Cierto que Amador conocía la isla palmo a palmo, pero no tenía su capacidad de recursos, su inteligencia. Guido había muerto. Ni soñar en esperar ayuda por parte de los Schliemann o el profesor Stevenhafen…

Así que sólo quedaba Marlene Bauer. Se quedó mirándola, mientras ella conversaba siempre en murmullos con Stevenhafen. ¿Qué demonios tenían que decirse Marlene y el carcamal de Stevenhafen?

Schliemann recurrió poco después a uno de los botiquines de campaña, y con su contenido procedió a curar los arañazos en el cuerpo de su esposa, sin importarle en absoluto que los hombres de Peako se acercaran a verla desnuda sobre la manta y rieran haciendo comentarios que sólo Amador parecía entender, y no todos.

La tarde iba cayendo. El cielo adquirió rápidamente un tono rojo intenso, que se fue oscureciendo a ojos vistas. Uno de los hombres de Peako habló con Amador durante un par de minutos. Luego, el atlético *crioulo* se acercó al grupo de blancos. La noche estaba llegando rápidamente.

—Niyo Peako puede volver esta noche o no, no lo saben. Quieren que instalemos el campamento como si todo estuviese normal aquí. Debemos hacer vida normal. Ellos vigilarán todo el contorno de la acampada, y si alguno quiere fugarse lo matarán. Yo les obedecería, señor Morris.

—Tienes razón —murmuró Alan—. Está bien, ordena a tus hombres que procedan como si todo estuviese normal. Y diles bien claramente que no tienen que convertirse en héroes, Amador, Esta gente no está bromeando.

—Ya lo sé —murmuró el negro, dirigiendo una tímida mirada a Sonja, que ahora parecía ausente, todavía envuelta en la manta, pero sentada sola—. Seguramente yo he oído muchas más cosas de Niyo Peako. Por las conversaciones que les he oído son unos cincuenta hombres que están bloqueando toda esta zona para que nadie nos encuentre ni pueda ayudamos. Pero están esperando más hombres. Parece que unos doscientos más.

—¿Doscientos cincuenta hombres para vigilarnos a nosotros? —saltó Marlene.

—No sé, señorita Bauer. No sé nada más, de momento.

—Pues ten los oídos bien abiertos —dijo ella—. Y no dejes de informarnos de todo cuanto vayas sabiendo.

—Sí, señorita.

Amador dirigió otra tímida mirada a Sonja, y se dirigió a sus hombres, que comenzaron a montar la acampada. Una hora más tarde todo estaba preparado, incluso algo de cena. Los hombres de Peako comieron de sus propias provisiones, como si desconfiaran de las vituallas de los expedicionarios. Había un grupo en el campamento, y el resto se oía de cuando en cuando alrededor, formando un círculo que, por supuesto, era insalvable.

Los Schliemann ocuparon una tienda, Hans Stevenhafen y Marlene otra, y Alan la tercera, que habría tenido que compartir con Guido. Amador y sus hombres no necesitaban tienda alguna, se sentían más cómodos tendidos en el suelo envueltos en mantas. La noche era fresca. Llegaba el olor a mar.

El silencio total fue llegando lentamente. Luego pareció que todo sonido hubiera muerto para siempre. En su tienda, Alan Morris se devanaba los sesos buscando una solución.

—No lo entiendo —susurraba Stevenhafen en su tienda

compartida con Marlene Bauer, ya acostada ésta—. ¿Todas estas cosas las está haciendo una multinacional? ¿Una multinacional con derivaciones farmacéuticas? Sí, nuestra droga será algo formidable, no sólo como fármaco realmente útil, es decir cómo revitalizador regenerativo, sino como euforizante para los casos en que… ¿Me estás oyendo, Marlene?

Marlene Bauer no le estaba oyendo: se había dormido.

Pero despertó cuando se produjo el leve rumor, varias horas más tarde. Un resplandor de plata inundó la tienda apenas dos segundos más tarde, al ser apartada la lona que servía de puerta. La figura que se recortó en la luz lunar era inconfundible: Rudolf Schliemann. Se oyó su voz:

—Hans… ¡Hans!

—Pase, profesor —murmuró Marlene—. ¿Qué ocurre?

Schliemann entró. Casi enseguida la lona volvió a apartarse y entró Alan Morris.

—¿Qué le ocurre, profesor? —preguntó, inquieto—. No podía dormir y le he visto entrar aquí.

—Marlene tenía razón —suspiró Schliemann—. Sonja me ha confesado…

Hans Stevenhafen roncó, se movió, farfulló algo y abrió los ojos. Dentro de la tienda había un resplandor gris. Stevenhafen miró las siluetas, y de pronto se sentó velozmente.

—¿¡Qué pasa!? —exclamó.

—Quería decíroslo cuanto antes —murmuró Schliemann—. Hans, amigo mío, lo siento, todo ha sido por mi culpa…

—Pero ¿de qué estás hablando? —masculló Stevenhafen.

—Fue Sonja quien nos traicionó desde el primer momento. Fue ella quien facilitó la primera información sobre la *Salutiferae* a una empresa llamada Worldpharma Limited, o la W.P.H. como la llaman entre ellos. Posteriormente les advirtió que nosotros estábamos buscando un ayudante, y nos sirvieron en bandeja a Uddo Kemphel, para que nos espiara antes de tomar decisiones importantes. Cuando Kemphel informó que la fórmula era eficaz, pero que no había conseguido conocerla, ni creía que se la facilitáramos por las buenas, planearon lo del robo, por supuesto contando con su ayuda y con la de Sonja dentro de la casa, aunque Uddo no sabía que Sonja servía también a la W.P.H. De modo que la W.P.H. lo sabe

todo: qué pasó, dónde están los cadáveres de sus dos enviados y de Uddo Kemphel, qué pretendemos, qué hacemos y dónde estamos en todo momento… ¡Y ha sido Sonja quien les ha estado facilitando toda la información! La otra noche, la primera de nuestra estancia en Sao Tomé, ella fue a la playa a ver a un enviado de la W.P.H, con el que ya ha tenido tratos, y le explicó todos nuestros proyectos, todo lo que pensábamos hacer…

—¡Pero si estuvo con…! —exclamó Alan.

—¿Con Amador? Sí, claro. Ese muchacho casi la sorprendió con el enviado de la W.P.H. y ella lo envió a la casa a buscar una toalla. Terminó de hablar con ese hombre y cuando volvió Amador el otro ya se había ido.

—Santo Dios —Se lamentó Stevenhafen—. ¿Por qué ha hecho tu mujer una cosa así, Rudolf?

—Bueno, ella se… se casó conmigo cuando yo era más joven y… y dedicaba más tiempo a… a la vida sexual. Además, creía que yo era mucho más rico, y que todavía lo sería más. Se ha ido decepcionando poco a poco, así que quería divorciarse, pero comprendió que no obtendría de mi nada que valiese la pena económicamente, y por tanto buscó… el modo de obtener una buena cantidad. Y le llegó la ocasión con la *Salutiferae*. En cuanto le hubiesen pagado la gran cantidad ofrecida me habría dejado.

—Rudolf, lo siento… ¡Lo siento, amigo mío, lo siento!

—No creo que Sonja pueda hacerme ya más daño. Lo de Alan y otros dos que hubo antes… Bueno, lo soportaba porque comprendía que una mujer joven y hermosa necesitara… más de lo que yo le daba. Pero esto, que también te perjudica a ti y que ha costado la vida a varias personas… ¡Hans, no sé qué hacer!

—No se preocupe demasiado al respecto —gruñó Alan—. Mucho me temo que ese Niyo Peako ya nos tiene resuelto el futuro… a menos que consigamos hacer algo que él no pueda evitar.

—¿Le ha dicho Sonja quién es ese hombre con el que ha estado tratando de todo esto? —preguntó Marlene.

—Sí; es un alemán, un sujeto llamado Franz Warhol. He supuesto que si Warhol está en Santo Tomé el mercenario asesino ha ido a verlo esta noche a la ciudad.

—Sin la menor duda. Me inclino a creer que ha ocurrido algo imprevisto, así que Peako tiene que consultar. Y creo que lo

imprevisto ha sido que yo viera a Peako cuando estaba tomando el sol. Él comprendió que yo tenía que desconfiar, y en previsión a que diera la voz de alarma y todos intentáramos emprender el regreso en busca de alguna autoridad local o cualquier clase de ayuda, decidió dejar de jugar al escondite y controlar la situación directamente. Ahora está consultando con ese Warhol, así que no debemos preocuparnos.

—¿Qué quieres decir? —se sorprendió Stevenhafen.

—Franz Warhol le dirá que debe respetar nuestras vidas y no complicar las cosas hasta que él tenga, por lo menos, la fórmula de la S.S. Sin duda habían planeado vigilarnos hasta que ustedes hubieran hecho la última prueba de la fórmula en campaña, y capturamos entonces con la fórmula y una dosis más o menos abundante de la droga o fármaco, pero al ver yo a Peako todo se ha precipitado. Seguramente, Warhol se ha enfadado con Peako… que en su afán por verme ha cometido una tontería. Sin duda era él quien nos espiaba con prismáticos. ¿Recuerdas, Alan?

—Sí. Y no me gusta: le hice un corte de mangas.

—¡Buen momento para bromear! —exclamó enojado Stevenhafen.

—No es broma. ¡Maldito sea, nunca había oído nada tan absurdo! ¡Por un producto farmacéutico vulgar y corriente han muerto ya varias personas, y un mercenario de la fama de criminal que tiene Peako nos está…!

—Bueno, Alan —murmuró Schliemann—, la verdad es que el fármaco que hemos elaborado partiendo de la *Salutiferae* no es un producto farmacéutico tan… vulgar. Es un euforizante de primerísima magnitud, y sobre el cual precisamente tenemos todavía que trabajar para rebajar esos efectos euforizantes.

—¿Qué quiere decir?

—Que una persona que se «medique» con esa droga adquirirá unos niveles de euforia tan altos que se sentiría capaz incluso de volar, de levantar un elefante con las manos, de apagar un volcán a puñetazos… ¡No sé si me explico!

—La madre que los parió —jadeó Alan—. ¡Ya lo creo que se explica! ¡Malditos gilipollas, han inventado ustedes una maldita droga baratísima y de efectos superiores a las conocidas! ¡Mal rayo los parta!

—Bueno, una vez le hagamos a la fórmula las rectificaciones finales…

—¿Sabía o sabe ahora Sonja los límites de esa droga? —preguntó Marlene.

—Claro —murmuró Rudolf—. Es mi mujer, nunca habría creído nada semejante de ella, y en muchas ocasiones he hecho muchos comentarios sobre el trabajo de Hans y mío.

—¡Pues estamos listos! —exclamó Alan—. ¡No creo que ese Warhol, que sabe a qué niveles está ahora su maldita fórmula, acepte que la rebajen, así que vendrá a por la fórmula inicial! ¡Pandilla de…!

—¿Y para eso ha de movilizar doscientos cincuenta hombres? —murmuró Marlene Bauer.

—¿Eh?

—Los doscientos cincuenta hombres que mencionó Amador. ¿Doscientos cincuenta hombres para tenernos controlados a dos mujeres y diez, hombres? Y ni siquiera tenemos armas. ¿Eso les parece razonable?

Nadie contestó. Alan Morris se pasó las manos por el rostro, que sentía helado. Luego, en el resplandor grisáceo, miró a Marlene.

—Si lo que me has hecho pensar se aproxima a la realidad, algo espantoso puede suceder en alguna parte… y no puede ser un lugar muy lejano si Niyo Peako hace venir a esta isla doscientos cincuenta hombres de su catadura.

—Supongamos que esos doscientos cincuenta hombres ingirieran la droga de la *Salutiferae Stevenhafen* —murmuró Marlene—. ¿Qué ocurriría?

—Pu-pues depende… depende de… de cómo sean… esos hombres… —tartamudeó Hans Stevenhafen.

—Dios del cielo —suspiró Marlene.

—¡Y decían que era un producto para no morir nunca! —exclamó Alan—. ¡Puede que no muera quien lo tome, pero si quien lo toma es un criminal, no dejará títere con cabeza a su alrededor! ¡Maldita sea, y decían que era para no morir nunca…!

—Cálmate —dijo Marlene—. Debemos…

Afuera se oyeron de pronto unos gritos alejados, enseguida un chillido agudo y casi simultáneamente una breve tanda de disparos. Acto seguido de nuevo voces como lejanísimas… que se fueron

acercando, y comenzaron a sonar como órdenes. En un instante el jaleo fue tremendo en el hasta entonces tranquilo campamento.

—¡Señor Morris! —Se oyó la voz de Amador—. ¡Señor Morris!

Éste se puso en pie y salió precipitadamente de la tienda. Amador apareció ante él, con los ojos muy abiertos, casi fuera de las órbitas.

—¡Señor Morris, quieren que todos nos reunamos aquí, estemos como estemos, y ahora mismo! —jadeó Amador—. ¡Dicen que uno de ustedes ha intentado escapar, y quieren saber quién es!

Alan Morris no se movió. Junto a él estaba ya Marlene, y detrás de ésta salían torpemente los dos profesores. Frente a ellos, por entre la vegetación, resplandecía ahora la luz de dos linternas. Se oyeron voces, ruido de arbustos. Hablaban en inglés y francés, y en algún dialecto que ni siquiera Amador parecía ahora entender.

Nadie se movió cuando, finalmente, la vegetación cercana al campamento se apartó, y aparecieron tres hombres portando una manta con una carga en el centro, sostenida en un extremo por uno y en el otro por dos. Detrás llegaban más hombres, portando las linternas y armas. Armas por todas partes.

Los tres que portaban la manta se detuvieron delante de los prisioneros y depositaron la manta en el suelo, soltando las puntas. El blanco cuerpo desnudo de Sonja apareció, lleno de oscuros manchurrones de sangre. Marlene cerró sus ojos un instante. Se imaginó a Sonja despertando en la tienda, viéndose allí sola, dolorida, atemorizada por lo que le había hecho Niyo Peako asegurando que volvería a hacérselo, cosas que una mujer no puede soportar… Se imaginó a Sonja salir envuelta en la manta, intentando escapar…

—Nosotros ver cosa escabullendo —dijo uno de los negros—, y nosotros disparamos. Nosotros ya advertimos.

Alan Morris dio un paso hacia el negro. Una mano de Marlene le asió por un brazo, reteniéndolo firmemente. Hans Stevenhafen lanzó de pronto un grito, dio la vuelta y se alejó corriendo unos pasos. Comenzó a vomitar con violencia.

Rudolf Schliemann se arrodilló, envolvió en la manta el cadáver de Sonja, lo tomó en brazos y se puso en pie, encaminándose hacia su tienda. Se metió dentro y eso fue todo.

—Será mejor que lo dejemos solo —murmuró Marlene—. Vamos

a ver qué podemos hacer por Hans.

Capítulo VIII

CASI a las diez de la mañana llegaron al campamento Niyo Peako y el apuesto, magnífico, atractivo Franz Warhol, el cual no parecía precisamente satisfecho por la caminata desde el lugar donde había tenido que dejar forzosamente su vehículo.

Por supuesto, cuando ambos habían llegado ya habían sido informados de lo sucedido la noche pasada con respecto a Sonja Schliemann, pues varios hombres de los que formaban el círculo de vigilancia más alejada habían salido a recibirles.

Inmediatamente se vio con toda claridad que quien daba las órdenes definitivas allí no era precisamente Peako. Franz Warhol se plantó ante el grupo de prisioneros, miró desdeñosamente a los negros, con curiosidad irónica a los dos profesores y cierta expectación a Alan, y finalmente, realmente sorprendido, se quedó mirando a Marlene Bauer.

—No había tenido la ocasión de verla a usted —murmuró—. Sabía que formaba parte del grupo, pero no la había visto.

—Eso ha debido ser por sus precauciones de no acercarse a fin de no ser visto, señor Warhol —dijo Marlene.

—¿Me conoce usted?

—Ahora le conocemos todos: Sonja Schliemann se sinceró con el profesor Schliemann anoche.

—Entiendo. Periodista, ¿eh?

—Sí.

Franz Warhol la miraba como si pretendiera llegar hasta sus más recónditos pensamientos.

De pronto desvió la mirada hacia Alan Morris y una dura sonrisa se plasmó en sus labios delgados.

—Usted no es periodista, ¿verdad, señor Morris?

—No —replicó secamente Alan.

—Ni es científico, ni… Bueno, en realidad usted no es nada,

salvo un aventurero de poca monta.

—Eso —sonrió despectivamente Alan Morris— no lo diría usted si tuviera los cojones de enfrentarse hombre a hombre conmigo, cosa que me permito dudar. Porque yo puede que sea un aventurero oportunista que hoy está aquí y mañana allí y pasado en ningún sitio; hoy busco oro, mañana agua, al otro día plantas medicinales, y dentro de un año quizás esté buscando caracoles en el desierto. Pero, amiguito, lo que usted no puede negar es que tengo los cojones más completos que usted.

—Y mucha lengua —sonrió Warhol.

—Ya. Y ahora va a decir que si me gustaría que me la cortasen. Pues no, claro que no me gustaría. He venido a Santo Tomé formando parte de una expedición botánica, no a quedarme mudo. Las aventuras tienen su encanto, pero todo tiene un límite.

Franz Warhol miraba con más interés que antes a Alan. Volvió a mirar a Marlene, con no menos interés, y por último dedicó su atención a Hans y Rudolf.

—Muy bien, yo no he venido aquí a escuchar las estupideces del señor Morris, sino a darles unas instrucciones a ustedes. Les diré lo que espero que hagan por mí, a menos que deseen que mis hombres los descuarticen en vivo. Les aseguro que si pudieran imaginar lo que pueden llegar a sufrir sobrarían estas amenazas mías. En fin, ya me han entendido. Y ahora, escuchen: quiero que procedan, a la mayor brevedad, a recoger esa planta, que escriban la fórmula original, que fabriquen una cantidad de droga equivalente a dos mil quinientas dosis, y que me asesoren cumplidamente respecto a su manejo. ¿Me han entendido?

—Desde luego —dijo Stevenhafen—, pero no lo haremos.

—¿No? —Pareció divertido Warhol—. ¿Por qué?

—Usted no puede estar tramando nada bueno, de modo que no le vamos a seguir el juego.

—Me parece que no me han entendido, aunque digan que sí. Mire, profesor Stevenhafen, si usted no hace lo que le ordeno le voy a arrancar las orejas, para empezar. ¡Vamos, no sea absurdo! Ni usted ni nadie es capaz de resistir lo que podría hacerle. Ahorrémonos actos desagradables, ¿le parece?

—No lo haré.

—Tal vez si le convencieran de que no piensan hacer nada

demasiado malo podrían convencer al profesor —dijo Marlene.

—Señorita Bauer —la miró amablemente Warhol—, usted me ha sido solicitada encarecidamente por mi amigo Niyo Peako, y ahora, viéndola, comprendo el gran interés que ha despertado en él. Comoquiera que yo soy muy complaciente con mis amigos, por supuesto que no pienso oponerme a que Niyo disfrute de su deliciosa compañía. Y va a ser ahora mismo, ¿comprende? Lo que quiero decir es que se dedique a contentar a Niyo y mantenga su boquita bien cerrada. Niyo, ya te la puedes llevar de aquí y hacer lo que quieras con ella. ¡Y que no vuelva a molestar!

Niyo Peako sonrió de oreja a oreja, se acercó a Marlene, la asió por una muñeca y tiró de ella con fuerza, evidentemente dispuesto a llevársela a un lugar de su agrado, cosa que confirmó:

—Iremos a donde te vi bañándote ayer, y allí te voy a…

El grito de alarma brotó de varias gargantas cuando Alan Morris se abalanzó como enloquecido contra Niyo Peako, que apenas tuvo tiempo de verlo cargar contra él, por fortuna tan torpemente que se lo quitó de encima de un empujón. Tan torpe era Alan Morris que el empujón le hizo girar, cayó al suelo ahora entre risas… y rebotó espectacularmente, saltó hacia uno de los negros, y de un tirón le arrebató una de las granadas que llevaba al cinto, a la que arrancó la anilla.

Las risas quedaron en suspenso, como congeladas, y Alan Morris habló ahora tan deprisa que nadie pudo intentar nada antes de oírle, mientras alzaba la mano con la granada y miraba a Franz Warhol.

—Aunque me acribillen esta granada va a caer bajo sus cojones.

—¡Quietos! —jadeó Warhol, palideciendo.

Uno de los negros tuvo que desviar velozmente su metralleta, pues el dedo ya había apretado el disparador, y las balas se hundieron en la tierra. Si hubieran herido a Alan con seguridad éste habría tirado la granada a los pies de Franz Warhol.

Hubo como un movimiento de contenida inquietud, que por supuesto captó Alan, pese a tener la mirada fija en Warhol.

—Dígales bien claro a estos criminales que se estén quietos, Warhol —susurró Alan, acercándose a él—. No lo dude, si yo caigo esta granada irá a parar entre sus pies.

Warhol se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué espera conseguir con esto, Morris? No podrá escapar.

—¿No? Pues eso, amigo, significaría que usted estaría muerto. ¿Le gusta la idea? Me parece que no.

—¿Cómo espera resolver esto? Si deja caer esa granada usted también saltará en pedazos.

—Tal vez valga la pena. A lo mejor, después de haber sido una mierda ambulante toda mi vida, resulta que puedo morir de un modo que valga la pena. Usted mismo lo ha dicho: yo no soy nada, salvo un aventurero de poca monta. Tal vez valga la pena marcharse de este mundo con mejores recomendaciones que ésa. Y a fin de cuentas, eso de no morir nunca no se lo puede creer nadie, ¿verdad? Aunque tal vez sí haya un modo de no morir nunca, uno solo: hacer algo por lo que la memoria de uno quede bien grabada en la mente de los hombres. ¡Eh! ¿Qué le parece esto? —Se echó a reír Alan.

—Está haciendo el payaso, y esa granada se le puede caer de la mano en cualquier momento.

—Pero moriría para no morir nunca, ¿comprende? —volvió a reír el aventurero—. ¿Comprende el juego de palabras? ¡Morir de tal modo que nunca moriría… aunque sólo fuese en el recuerdo de los hombres! Porque tengo la impresión de que si me lo llevo conmigo al infierno habré hecho algo de verdad formidable para otras personas. A ver, señor Warhol: ¿para qué quiere usted doscientos cincuenta cerdos cómo éstos?

—Podemos hablar usted y yo razonablemente…

—Eso estamos haciendo. ¿Para qué los quiere? Y no tema que nadie le oiga, hombre. —Alan se acercó más—. ¿Para qué los quiere?

La situación era realmente insólita, y a nadie se le escapaba que para sostenerla había que tener realmente agallas y desprecio de la propia vida. Tal parecía ser el caso de Alan Morris que, bajo la amenaza de pistolas, metralletas y rifles, controlaba la situación por el sencillo procedimiento de permanecer ahora junto a Franz Warhol: si él caía, Warhol saltaría en pedazos al instante siguiente. Simple… pero eficacísimo.

Warhol se inclinó hacia un oído de Alan Morris, y estuvo cuchicheándole durante un par de minutos. Ahora el silencio era completo alrededor de ambos hombres, que estaban en el centro de

un círculo de armas. Marlene miraba inexpresivamente la situación… De cuando en cuando Alan movía la cabeza. Por fin, dijo, en voz alta:

—¡Caray! ¿Y para qué quiere hacer semejante salvajada?

Franz Warhol lo tomó de un brazo, y lo llevó hacia un lado, haciendo señas para que los hombres del enfurecido Peako se apartaran. Se detuvieron algo alejados, y el alemán murmuró:

—Tengo intenciones de comprobar la eficacia de la droga de Stevenhafen con esos doscientos cincuenta hombres porque si da resultado, si se convierten en bestias asesinas, sé de un par de países que me la comprarían para sus soldados en previsión a una posible contingencia bélica con un vecino que les está… incordiando hace tiempo. La idea sería que la W.P.H. vendiese esa droga como producto farmacéutico, y una vez nuestros clientes hubieran obtenido resultados satisfactorios con sus tropas seríamos espléndidamente recompensados con dinero y privilegios arancelarios de muchas clases. Tenga en cuenta que la Worldpharma Limited es una multinacional de altos vuelos que está… adquiriendo proporciones gigantescas.

—Recurriendo a cualquier procedimiento.

—¿Por qué no? ¿Alguna vez ha tenido usted un millón de dólares?

—¿Yo? No, le aseguro que no —sonrió Alan.

—Pruebe a vivir con esa cantidad y verá qué distinta es la vida, Morris. Nada que temer, nada que sufrir, nada que hacer, sólo pensar en el modo de pasarlo lo mejor posible. Le aseguro que la vida así es muy diferente a lo que usted conoce. Pruébelo y verá.

—Pero yo no tengo un millón de dólares, ya se lo he dicho.

—Eso tiene fácil solución —sonrió ahora Warhol.

—Ya. Ya entiendo, ya. Digamos que yo tiro esta granada lejos de nosotros dos en lugar de dejarla caer junto a nuestros pies y… habré ganado un millón de dólares.

—Así de sencillo. A fin de cuentas, en la W.P.H. necesitamos hombres como usted.

—¿Cómo yo? ¡Creí que yo no valía nada!

—Yo también lo creía así antes… pero soy lo bastante sabio como para cambiar de opinión. Usted me gusta, Morris.

—Oiga, de eso nada, ¿eh?

Franz Warhol se echó a reír jubilosamente.

—¡Ya me entiende! ¿Qué? ¿Hacemos el trato?

El americano quedó pensativo unos segundos. Por fin, movió con gesto ambiguo la cabeza.

—No sé… ¿Quién me daría el dinero? ¿Usted? ¿Cómo y cuándo?

—Se lo entregaría yo una vez me hubiese autorizado otra persona. Yo soy uno de los… agentes volantes de la W.P.H. no el director.

—¿Y quién es el director?

—Mi sueg… Oh, bueno, una persona muy inteligente, Morris. Usted no tiene necesidad de saber tantas cosas. Trataría conmigo, eso es todo. Insisto en que no puede imaginarse qué distinta sería la vida con ese millón de dólares.

—Sí, claro; con ese dinero sí que sería para no morir nunca, ¿eh?

—¡Con un millón de dólares, sí! —rió Warhol.

—¡Cojonudo! —rió Alan—. ¡De veras, es cojonudo! Oiga, pero ¿qué pasaría con mis amigos? —Movió la cabeza hacia Marlene y los demás.

—Todo seguirá igual. Stevenhafen y Schliemann harán lo que yo les ordene y así tendremos la droga. En cuanto a la chica… Bueno, ¿le gusta a usted?

—Pues la verdad, es que me tiene loco.

—Pues para usted, hombre. Que Peako se busque otra. Eso es simple.

—Oiga, Warhol, es usted un tío listo: lo arregla todo, ¿eh?

—Para eso tengo un cerebro.

—Y yo tengo un ladrillo debajo de los rizos. ¿Es eso lo que ha querido decir?

—Demostraría tenerlo si no comprendiese las ventajas de un arreglo conmigo.

—O sea, que me convertiría en cómplice de cuarenta mil asesinatos, y los que vinieran luego no sé dónde. Vamos, que podría dormir con la conciencia satisfecha por haber contribuido a aligerar un poco el mundo de personal, ¡que ya somos muchos, qué demonios! Y pensando en esos miles y miles de muertos, yo, con mi millón de dólares y con un serrallo en el que la favorita fuese Marlene Bauer, pues… ¡a vivir! ¿Qué tal?

—Perfecto —aseguró Warhol.

—Escuche: ¿por casualidad su madre no sería una prostituta?

—¿Eh…? ¿Por qué dice eso?

—Hombre, ¡CÓMO ES USTED TAN HIJOPUTA! ¡Quietecito aquí a mi lado, so malnacido! —Alan agarró a Warhol por el cinturón con la mano izquierda, reteniéndolo a su lado ahora de modo inflexible—. Y ahora escuche bien esto: quiero que todos estos canallitas, menos el mico de los ojos furiosos, se agrupen, y se mantengan ahí quietecitos. Entonces, el mico, usted, yo, mis amigos negros y blancos nos vamos a ir hacia dónde están los vehículos, y nos largaremos de este lugar… por el momento. ¿Me ha entendido? Será mejor que sí, porque si usted no da órdenes en ese sentido, ¡puf!, los dos vamos a salir volando a pedacitos. ¿Me has entendido, hijoputa? Y a ver ahora quién es más valiente de los dos: yo estoy dispuesto a dejar caer la granada a mis pies. ¿Estás dispuesto tú a que lo haga?

—No —susurró Warhol.

—Entonces dile a toda esa chusma lo que tiene que hacer. Díselo a tu emisario correveidile, el mercenario Niyo Peako, y empecemos a caminar hacia los vehículos. Diez segundos y empieza la cuenta atrás. Nueve segundos, ocho…

Franz Warhol se dirigió en voz alta a Niyo Peako, que lo escuchó en silencio, titubeó y terminó por acceder. Ni por un momento creía que Alan Morris fuese capaz de cumplir su amenaza con la granada, pero no quería complicaciones con Warhol. Agrupó a sus hombres, y mientras lo hacía susurró a tres de ellos:

—Vamos a ir con ellos, pero vosotros nos seguiréis, y en cuanto el americano lance lejos la granada antes de subir a los coches, disparadle. ¿Está claro?

Los dos hombres asintieron imperceptiblemente. Ya todos agrupados, Peako se acercó a Alan y Warhol, el cual miró a Marlene y movió la cabeza hacia el camino.

—Tú y los dos inventores de jarabes id por delante. Amador, tú ve detrás, con algunas armas. Y nosotros tres iremos cerrando la marcha. Si veis que volamos a pedazos echad a correr, ¿comprendido?

Amador había comprendido perfectamente. Se apoderó de algunas armas, esperó a que pasaran Marlene, Stevenhafen y

Schliemann, y lo hizo él con sus hombres. Luego, a un gesto de Alan, pasó Peako hacia el sendero. Y finalmente, Alan y Warhol, sujetando siempre aquél a éste por el cinturón.

Era una hermosa mañana. Por entre los árboles de alta montaña se oía el canto de algunos pájaros. Luego oyeron el rumor del *agua* donde Marlene se había bañado el día anterior. Los vehículos estaban allí, todo en orden. Salvo el rumor del arroyo no se oía nada ahora.

—Iremos en los dos Land Rover, Amador —dijo Alan—: vosotros en uno y nosotros en otro. Y nos vamos a detenernos por nada, ¿entendido?

—Sí, señor —sonrió el negro.

—Pues en marcha. ¡Marlene, ponte al volante del otro Land Rover!

—Pero qué demonios… —masculló Warhol—. ¿Qué se propone hacer en definitiva, Morris?

—Amiguito, le voy a entregar a usted a la policía de Santo Tomé y Príncipe para que ellos se pongan en contacto con la Interpol en París y ésta se comunique con la Interpol alemana y la británica a fin de que busquen una entidad llamada Worldpharma Limited, en la cual tiene que haber un sujeto muy listo que tiene una hija que está casada con un tal Franz Warhol. Y cuando sepan que ese sujeto es el tío listo que se ha inventado todo esto… ¿qué cree que harán?

—¡No puede hacer eso! —jadeó Warhol.

—¿Por qué no?

—¿Está loco? ¿Qué va a ganar con ello? ¡En cambio a nuestro lado sería uno de los hombres más ricos del planeta y…!

—Corta el cuento, abuelito. Puede que yo no sea tan listo como tú y tu suegro, pero tampoco soy tan imbécil como para creerme eso de que me ibais a convertir en millonario y dejarme vivir. ¡Hombre, eso no se lo creería nadie! De modo que al Land Rover, tío listo. Y tú, criminal, ¡largo de aquí!

La orden última iba dirigida a Niyo Peako, que se quedó mirando incrédulamente al aventurero americano.

—¿Puedo marcharme? —murmuró.

—No quiero mierdas viajando conmigo. ¡Largo, escoria!

El mercenario dio la vuelta, y comenzó a alejarse, como si no pudiera creer en su suerte.

Y hacía bien en desconfiar.

Estaba ya prácticamente metido entre la vegetación cuando oyó la voz de Morris:

—¡Eh, tú, que te olvidas esto!

En el momento en que el mercenario se volvía la granada ya volaba en dirección a él. Niyo Peako tardó una fracción de segundo en verla, en comprender. Acto seguido su rostro se demudó. Tuvo la sensación de que sus pies estaban clavados al suelo. En aquella fracción de segundo supo con toda certeza que iba a morir, comprendió que le había tocado a él, se dio cuenta incluso de que debía reaccionar y no podía, oyó las últimas palabras de Alan Morris:

—¡¡Eso en memoria de Sonja, mala bestia!!

Luego, Niyo Peako vio caer la granada ante sus pies, y hasta oyó el tremendo estampido, vio el resplandor… pero ya su cuerpo se estaba partiendo en pedazos que se repartieron por la zona.

Cerca del lugar de la explosión se oyeron unos gritos, los matorrales fueron apartados y tres negros aparecieron corriendo, uno de ellos con la cara llena de sangre. Los otros dos, lívidos, empuñaban metralletas, con las que apuntaron hacia Alan Morris.

En el momento en que comenzaban a disparar ellos lo hacía Amador, que dio la impresión de tener en las manos un animal enloquecido imposible de dominar. De la metralleta brotó un chorro de balas que milagrosamente fueron hacia los tres negros, pues Amador jamás había utilizado aquella clase de arma, que finalmente, vacía, escapó de sus manos.

Los tres negros yacían desparramados y ensangrentados metidos entre matorrales. Ni rastro de Niyo Peako, cuyos restos serían localizados con dificultad. Franz Warhol y Alan Morris yacían sentados en el suelo, el primero pálido como un muerto y con las dos piernas llenas de puntos sangrientos, el segundo no menos pálido, una sola mancha en el pecho. Franz Warhol emitió un suspiro, se desmayó, cayendo hacia atrás. Alan Morris se pasó la mano por la herida, miró la sangre, atónito, y luego masculló:

—Se fastidió el negocio, Alan, viejo amigo… ¡Ya sabías tú que eso de no morir nunca era un camelo…!

Sus ojos giraron en las órbitas, le pareció ver en alguna parte a Marlene Bauer, y luego tuvo la sensación de que se lanzaba de

cabeza al fondo de un pozo lleno de tinta negra.

ÉSTE ES EL FINAL

CUANDO despertó creyó que todavía estaba soñando o medio muerto, y que por tanto nada era realidad, ni ahora, ni lo que creía que había pasado después de aquello.

Entonces vio el periódico sobre una silla. El periódico que le había traído Amador, en el que se hablaba del suicidio de un tal Gunther Kielring, conocido financiero de Hamburgo al que la Interpol había denunciado como dirigente de una entidad fantasma llamada Worldpharma Limited, amparado en cuyo nombre había cometido tropelías mil que, finalmente, su yerno, el tal Franz Warhol, había confesado. La redada de criminales había causado el pasmo en Europa y Estados Unidos; había sido una redada increíble de la Interpol y el F.B.I.

O sea, que no lo había soñado, todo esto se lo había explicado, leído y ampliado utilizando noticias de radio y televisión el simpático Amador. Y hasta había visto a Amador padre, que le había visitado no sabía cuándo con su jovencísima esposa, que estaba de campeonato…

Sí, señor. Y hasta recordó que Amador le había dicho que Hans Stevenhafen y Rudolf Schliemann habían ido a Alemania para proceder al sepelio de Sonja, y que pronto iban a regresar para insistir en lo del fármaco de la *Salutiferae Stevenhafen*, en versión atenuada, porque no era justo que porque unos criminales hubieran cometido aquellos desaguisados la humanidad se quedara sin un fármaco que, bien elaborado, había de resultar altamente eficaz, así que ellos eran lo que eran y nadie les iba a detener en su trabajo…

—¡Amador! —llamó.

A los pocos segundos el hermoso y simpático Amador Silveira entraba en el dormitorio. Por la ventana se veía el azul del cielo, llegaban aromas de mar, de vida.

—Diga, señor Morris —sonrió Amador.

Alan tragó saliva. No recordaba haber visto a Marlene en ningún momento de sus delirios o recuperaciones.

—Oye, ¿y la señorita Bauer?

—Se fue a Alemania con los dos vejetes, porque dijo que no quería dejarlos solos con todo eso. Y como el médico ya había dicho que usted estaba fuera de todo peligro… ¡Ah, me entregó una nota para usted!

—Maldito seas… ¡Trae esa nota ahora mismo!

La nota decía:

NO TE MUERAS. VUELVO EN SEGUIDA.

MARLENE

—¿Buenas o malas noticias, señor Morris? —preguntó Amador, riendo.

—Pues… Bueno, yo diría que son noticias como para no morirse nunca, ¿comprendes?

—No muy bien, pero vale.

—Pues yo sí me entiendo… y duermo solo… ¡de momento! ¡Ya sabía yo que no podía tener tan mala suerte de perderla apenas encontrarla!

FIN

LOU CARRIGAN (1934, Barcelona, España), es el seudónimo de Antonio Vera Ramírez. Es un prolífico escritor de novelas, tanto de aventuras como del oeste, ciencia ficción o terror. Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle.